

El mito de Medea: una mirada psicoanalítica de lo abyecto

Autores:

David Antolínez Uribe

Nelson Iván Cardozo Pérez

Directora:

Ángela Calvo de Saavedra

Trabajo de Grado

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Psicología

Bogotá, D.C.

2017

El mito de Medea: una mirada psicoanalítica de lo abyecto

Antolínez, D. y Cardozo, N. I.

Palabras claves: Medea, psicoanálisis, transicionalidad, estructura de personalidad.

Keywords: Medea, psychoanalysis, transitional space, personality structure.

Resumen: Investigación teórica que plantea que el personaje de Medea, tal como es caracterizado en la tragedia de Eurípides, da lugar a pensar una estructura psíquica particular distinta a la neurosis y a la psicosis. Es posible encontrar en dicha estructura resonancias de un conflicto psíquico particular con ciertos rasgos generalizables. Si bien no siempre la resolución es trágica, refleja dinámicas oscuras y abyectas en la humanidad.

Abstract: Theoretical research that proposes the character of Medea, portrayed in Euripides' play, as a particular personality structure, different than neurosis or psychosis. It is possible to find in this particular structure a general psychic conflict that leads to dark and heinous aspects of human nature. Whether the resolution is tragic or not, this psychic conflict has not been enough explored in the specialized literature.

Esta tesis está dedicada a nuestras familias, con especial agradecimiento a Ángela Calvo, Laura Brainsky y a todos aquellos vínculos que logran sobrevivir la destrucción del sujeto.

Tabla de Contenido (Índice)

Planteamiento del Problema	4
Justificación	9
Objetivos	13
Metodología	14
Estado del Arte	17
Psicoanálisis	17
Psicología Analítica	30
Otros	33
Marco Teórico	36
Psicoanálisis freudiano	36
Desarrollos psicoanalíticos posteriores	45
Transicionalidad, vínculo y mundo externo	45
Retomando lo estructural: Kernberg y la Organización Límite	54
Discusión y conclusiones	62
La tragedia como consecuencia de una estructura psíquica frágil	63
Falta de integración, mecanismos primitivos y un Superyó arcaico	69
Fallas en la transicionalidad	73
Conclusiones	78
Referencias	80
Anexo 1	86

Planteamiento del Problema

En la historia de Medea reside una verdad más allá de lo que se puede leer explícitamente en la tragedia de Eurípides. Personaje mitológico de la tradición oral, convertida a literatura por primera vez de la mano del poeta trágico, nos muestra el horror de la traición, el desamor, la venganza filicida y la victoria impune. Medea es el avatar de una estructura psíquica particular, escurridiza y poco estudiada. Sus rasgos pueden ser comunes a toda la humanidad y, en algunas ocasiones, obrar como ella puede ser la única alternativa para la supervivencia psíquica y único modo de estructurar la personalidad.

El drama de venganza de Medea no es un conflicto aislado. Al entender la venganza como el placer de hacer sufrir al otro que se cree merecedor de ese sufrimiento, Guerra (2012) señala que esta es transversal en distintas lenguas y sociedades, ergo, lo vindicativo es una íntima parte de la condición humana. Desde la mitología griega se puede ver la primaria idea de venganza: *Némesis* como deidad representante de la venganza, personifica el balance felicidad-desgracia y castiga a los contradictores de este equilibrio. La sociedad puede verse beneficiada de un estudio complejo de la venganza que abarque argumentos culturales, judiciales, psicológicos, criminológicos y sociales. Dicho de otro modo: entender a Medea puede ser una forma de entender estos sentimientos oscuros en el ser humano.

Desde la óptica del psicoanálisis se puede hacer una lectura del personaje: cuáles son sus motivos, sus mecanismos psíquicos, sus acciones y las consecuencias de estas sobre su estructura de personalidad. Al afirmar que Medea encarna una estructura psíquica en sí misma, se cuestiona cualquier interpretación que reduzca al personaje a dinámicas neuróticas o psicóticas. En otras palabras: si Edipo encarna la neurosis y Narciso la psicosis, Medea esconde otra forma de

existencia psíquica. El propósito de este trabajo es precisamente estudiar los elementos únicos de este mito y poder caracterizarlo, no tanto en una categoría nosológica, sino más bien como una forma distinta de organización psíquica.

Al escoger este personaje como avatar de otro tipo de estructuración, no se hace una elección arbitraria. No es un mero ejercicio de psicoanálisis aplicado a un mito griego; no se pretende analizar lo psicodinámico en la obra, sino ir más allá. La *Medea*¹ de Eurípides es de especial interés, tanto por la obra como por el autor. Eurípides, dice la leyenda, nace y muere en el destierro (Briceño, 1966). Algo semejante le sucede a Freud, que huye de la persecución nazi en Viena hacia el ocaso de su vida. Así mismo, no es casual que parte del drama de Medea consista en ser una mujer bárbara humillada por los helenos.

Tanto el más trágico de los poetas como el padre del psicoanálisis son descritos de manera semejante (Murray, 1913): poseedores de un intelecto brillante y sombrío, comparten una visión del alma en conflicto sin conciliación, críticos sociales, irónicos pero tradicionalistas ilustrados. Eurípides, educado entre filósofos y sofistas, vive este auge del escepticismo griego en el que es el hombre quien se encarga de estudiarse y definirse (Guthrie, 1969). Por su lado, Freud, quien vive en el cénit de la era victoriana, también estudia a los filósofos y científicos clásicos (Roudinesco, 2015). Sin embargo, ambos son críticos de la sociedad en la que se desarrollaron, mostrando las contradicciones y conflictos más íntimos de la humanidad en sus tiempos. Es notable la sintonía que hay entre el más trágico de los poetas y el último de los maestros de la sospecha.

¹ El lector podrá encontrar una sinopsis del mito y la versión de Eurípides en el Anexo 1.

La cuestión de lo femenino también es algo turbio para ambos autores. Mientras Eurípides crea personajes masculinos promedio, muestra en contraste a mujeres idealizadas y viles (Briceño, 1966). La fuerza de lo femenino tampoco es conciliadora, sino transgresora y desconcertante. En la historia de Medea, no solo hay un buen retrato de esta fuerza femenina, sino que resuena el eco de la pregunta que Freud no logró responder: "¿Qué será lo que quiere una mujer?" (Jones, 1953). No solo lo femenino es un continente oscuro para el psicoanálisis, también lo es para la tragedia en Eurípides. Y Medea es quizá uno de los personajes más oscuros de los héroes trágicos. Al elegir a Medea como la representación de un secreto de la psique, se intenta iluminar esta oscuridad que ha cuestionado a nuestra especie durante muchos siglos. Eurípides tuvo gran impacto *a posteriori* en la cultura, pero la obra de Medea, por sí sola, ha generado una resonancia mucho mayor que otros personajes míticos (Murray, 1913).

Pero quizá la semejanza más marcada es que ambos son secularizadores (Murray, 1913). Eurípides seculariza la tragedia, entendiéndola como un conflicto estrictamente humano sin intervención de los dioses o el destino, creando dramas centrados en el *pathos* (sufrimiento) humano. Freud hace algo semejante al mostrar que la naturaleza del bien, del mal, del amor o el sufrimiento no necesariamente es teológica, sino que está al alcance de la ciencia que analiza el alma (*psiké*). Este mismo punto ha sido también señalado por Aragno (2013), quien reconoce que la pregunta por el mal, aunque abstracta y filosófica, puede ser entendida desde el psicoanálisis como las condiciones que llevan a un sujeto a obrar de manera deshumanizada. El pensamiento mitológico es clave para entender los secretos del inconsciente y se presta como puente entre ambas disciplinas. La analista italiana recuerda que Freud (1920) marca la paradoja del mal al caracterizar la pulsión de muerte como algo inherente y reductor de la vida. Aragno muestra que para entender lo más maligno en el ser humano, no hay que recurrir a explicaciones divinas ni

metafísicas. Medea, como heroína trágica netamente humana, ha de ser abordada desde la disciplina que encuentra lo más sublime y lo abyecto en lo netamente humano: el psicoanálisis.

Sin embargo, Medea no se puede explicar desde los preceptos básicos de la neurosis porque no representa todos los desarrollos necesarios para lograr este tipo de estructuración (Freud, 1933): un Yo estable y claramente diferenciado, un adecuado ajuste al principio de realidad (aplazamiento y renuncia de deseos), relaciones objetales ajustadas a una comprensión de la realidad externa, la capacidad de metabolizar las pulsiones y un Superyó despersonalizado, bien introyectado y con capacidad de culpa y reparación (Kernberg, 2004). Medea tampoco se puede explicar a partir de los desarrollos del estudio de la psicosis (Klein, 1946) porque en ella hay un juicio de realidad conservado, catexia de objetos, un Yo frágil pero no fragmentado, capacidad de planeación, deliberación y una organización simbólica parcialmente estructurada. De algún modo, la heroína trágica es más funcional y desarrollada que Narciso, pero no tanto como Edipo. Es bajo estas consideraciones que se plantea el problema de Medea como el problema de una estructura de personalidad diferente.

Bieda (2006) destaca el papel de la reflexión y la deliberación al discutir la naturaleza conflictiva de las emociones que llevan a Medea a obrar vil y conscientemente. La pasión de Medea no excluye la maquinación racional, sino que ambas esferas entran en una dialéctica de tensión que solo fortalece la capacidad de actuar infamemente. El argentino advierte que esta tensión no contradictoria está presente en otros rasgos del personaje: el amor y el odio, la esposa y la asesina, la mujer y la hechicera, lo griego y lo bárbaro. Si verdaderamente fuera impulsiva, Medea habría asesinado a Creonte, su hija y Jasón, como lo alcanza a decir pasajeramente al inicio de la tragedia (Eurípides, 1994). Pero Bieda afirma que la razón potencia su pasión:

sustituyendo a Jasón por sus propios hijos, Medea logra lastimar de forma más refinada y efectiva al hombre que la traicionó.

Al buscar en la teoría psicoanalítica algo que dé pistas sobre esta área intermedia entre psicosis y neurosis, se pueden hallar diversos fenómenos tanto normales del desarrollo como patológicos. Por ejemplo, los trastornos límites, las perversiones, la psicopatía o el Falso *Self*. Al no tener en este trabajo la intención de patologizar a Medea, se procura encontrar primero el desarrollo ideal de esta área intermedia, para después lograr puntualizar las fallas o desviaciones que sirvan para la comprensión de la estructura de personalidad de Medea. El núcleo problemático que se supone encontrar en Medea no ha sido suficientemente estudiado, pero al ampliar la mirada a esta zona intermedia, se pretende dar mejores luces en la comprensión del personaje y la estructura que detrás de este reside.

Lo importante de Medea, más allá de la descripción clínica de sus operaciones psíquicas, es demostrar que hay un núcleo problemático en su desarrollo psíquico que puede ser común a toda experiencia humana. Dadas ciertas desafortunadas condiciones intrapsíquicas y circunstancias ambientales, cualquier sujeto puede enfrentarse a una situación semejante a la de Medea y encontrar en su forma de actuar una salida al conflicto psíquico: al encarnar a Medea, se encuentra una forma de estructurar el psiquismo. Siendo así, este trabajo se propone responder a la siguiente pregunta de investigación: ¿Qué estructura psíquica se esconde detrás del personaje de Medea?

Justificación

El tema del filicidio no es un fenómeno circunscrito a una obra literaria, sino una realidad tanto simbólica como literal en la vida psíquica y social de la humanidad. Si bien el filicidio puede deberse a varias causas, lo llamativo es que está presente en diversas épocas y sociedades. Medea es el personaje que apela al filicidio, el uso instrumental de los vínculos, la venganza y la ruptura del lazo social. Al analizar a Medea, no solo se está estudiando el caso más trágico de filicidio, sino que se pueden encontrar los indicios de una dinámica psíquica particular con otras múltiples expresiones sociales e individuales en la experiencia humana. Suponer que este sea un tema ignorado, sería desconocer los valiosos trabajos que se han producido. Sin embargo, es importante indicar que no se ha pensado hasta ahora el personaje de Medea como símbolo de un tipo de estructura delimitada.

El presente trabajo adopta la perspectiva del psicoanálisis. Freud siempre se remitió al pensamiento detrás de la poesía, la filosofía y los mitos para entender el alma humana. Pese a que nunca trabajó directamente el tema del filicidio o la figura de Medea, sí marcó una forma de comprender los conflictos psíquicos a partir de mitos. Edipo representa el núcleo problemático de la neurosis y Narciso es símbolo de la condición psicótica. El genio de Freud no se reduce a encontrar semejanzas entre la psicopatología y las obras literarias, sino en descubrir en los mitos un reflejo de las dinámicas psíquicas que están presentes tanto en la enfermedad mental como en la cotidianidad de cada sujeto. Podemos encontrar vestigios de Edipo o Narciso en problemas sociales, en situaciones discretas del día a día y en síntomas del drama individual de cada quien. En este trabajo se busca postular a Medea como otra figura mítica que represente una estructura psíquica posible.

Desde el horizonte psicoanalítico, se ha estudiado en los últimos años a Medea, pero ningún artículo ha buscado en ella signos de un tipo de personalidad particular. Sin embargo, Medea no ha sido objeto de estudio exclusivo de esta perspectiva: la psicología jurídica se ha acercado a este personaje para conceptualizar el fenómeno de las agresiones a los hijos. Wallerstein (1980) fue la primera en designar como “síndrome de Medea” a la situación familiar compleja en la que un padre aleja a sus hijos del otro progenitor. Este fenómeno, actualmente conocido como Síndrome de Alienación Parental (Gardner, 1985), ha sido objeto de debate alrededor de la validez nosológica y las implicaciones legales que conlleva. No obstante, el presente trabajo no entrará en las cuestiones jurídicas ni psiquiátricas. Al adoptar una postura psicoanalítica y una metodología de revisión bibliográfica, se pretende reflexionar en torno al mito de Medea como representación de una estructura psíquica humana más allá de la condición legal o diagnóstica.

La mirada psicoanalítica invita a mirar el mundo intrapsíquico y encontrar un sentido a los síntomas y comportamientos. Quedarse en la descripción conductual de las agresiones hacia los hijos es desconocer que un conflicto psíquico puede encontrar multiplicidad de expresiones bastante distintas. Al hablar de una dinámica psíquica particular que motiva este acto tan desgarrador, se aventura en algo que no ha sido muy estudiado: una estructura de personalidad particular. Si bien el filicidio de Medea es el punto de entrada, el análisis pretende ir más allá y poder caracterizar los conflictos intrapsíquicos presentes en la heroína trágica. Así, este trabajo pretende mostrar cómo Medea reside en el inconsciente, siendo su conflicto una posible razón para la emergencia de lo más maligno, perverso y abyecto en el alma humana.

En función de las condiciones del presente trabajo y de sus intereses, se ha optado por una metodología de corte teórico, específicamente una revisión bibliográfica. No solo se han

buscado trabajos desde el psicoanálisis que aborden a Medea, también se han revisado los trabajos que hacen una caracterización del personaje y aquellos que ven en esta heroína trágica el indicio de algo más trascendente. En articulación con lo anterior, se pretende realizar una revisión bibliográfica que dé cuenta de parte del desarrollo en el psicoanálisis de las relaciones objetales, el desarrollo psíquico (y sus fallas), las estructuras de personalidad y los mecanismos psíquicos detrás de la conducta antisocial. El conjunto de estos fenómenos psíquicos permite comprender la constelación psíquica que hallamos en Medea.

Los mitos revelan verdades más allá de lo que una primera lectura ofrece. Cuando los movimientos psíquicos propios de los avatares del teatro se encarnan en distintos sujetos a lo largo de la historia, su estudio cobra una importancia vital. Al ver que el espectro de Medea existe en más individuos, no solamente en el personaje de Eurípides, es plausible afirmar que estudiar al personaje no se puede limitar al psicoanálisis aplicado, sino que ha de apuntar a una comprensión más profunda de esta configuración psíquica. No es arbitrario que Medea haya perturbado a la sociedad griega de ese entonces y a los que hemos heredado sus lógicas, cosmovisión y cultura. Múltiples Medeas han existido después de Eurípides, desde el remoto Séneca hasta el reciente Lars Von Trier, pasando por los casos desgarradores de las madres que asesinan los frutos de sus vientres. Si bien el filicidio puede encontrarse en Abraham e Isaac, Cronos y sus hijos o Hércules enloquecido, es en la historia de Medea donde encontramos una realidad psíquica de mayor maldad. Medea no asesina por miedo a una profecía ni por una locura desbordante: es la frialdad del acto lo que causa mayor horror. En virtud de esta resonancia cultural intensa, se considerará en este trabajo a la princesa exiliada como paradigma de lo abyecto, lo maligno o lo psicopático. Medea como personaje sombrío influye en el psiquismo del mismo modo que Edipo cada vez que un niño debe renunciar al incesto y el parricidio.

La disciplina psicológica está llamada a comprender y ahondar en el estudio de las facetas más tenebrosas del psiquismo pese al horror que pueda producir. En una sociedad donde el filicidio acontece, donde se instrumentalizan los vínculos más significativos, donde ocurren las transgresiones más viles y donde prima la venganza, hay un clamor por entender aquello sombrío que reside en las profundidades del alma humana. En otras palabras: la psicología está llamada a responder al malestar que le genera a la sociedad todas estas "Medeas" contemporáneas.

Objetivos

Objetivo general

Caracterizar la estructura psíquica que se esconde detrás del personaje de Medea.

Objetivos específicos

Describir el conflicto estructural de base en esta estructura de la personalidad.

Examinar el operar de las instancias psíquicas (Ello, Yo, Superyó) correspondiente a dicha estructura.

Indagar por el desarrollo de las relaciones objetales en esta estructura.

Metodología

El estudio del mito de Medea desde una mirada psicoanalítica exige la tarea de hacer un análisis de la investigación teórica más relevante sobre el tema, desde estudios tradicionales, hasta los trabajos más recientes que hayan incursionado en el asunto. Por esto, el presente trabajo de grado propone un análisis sistemático de conceptos que, desde una lectura analítica, den paso a lograr una caracterización precisa de la estructura psíquica del personaje principal de la tragedia de Eurípides. Consideramos la investigación documental como la modalidad de trabajo investigativo más idónea para llevar a cabo los propósitos de este informe de carácter eminentemente teórico. La investigación documental se plantea como un ejercicio sistemático de recolección, análisis e interpretación de conceptos en torno a un determinado tema, desarrollando un proceso conducente a la construcción de conocimientos (Alfonso, 1995), ejercicio que será explicado con más detalle a continuación:

En primera instancia, la inquietud era conocer la proporción y el contenido de investigaciones y trabajos psicoanalíticos cuyo objetivo fuera la *Medea* de Eurípides. En consecuencia, se realizó una primera consulta documental cuyo resultado fue el hallazgo de 32 textos que respondían a la cadena de búsqueda “Medea” y “Psicoanálisis” y se convirtieron en fuente primaria del trabajo. Se excluyeron los textos que hicieran referencia a otras versiones de la tragedia de Medea, diferentes a la *Medea* de Eurípides. Para organizar estos documentos se realizó una matriz que permitiera categorizarlos por año de publicación, base de datos, país de producción, tipo de documento, modelo conceptual, idea principal, ideas secundarias y bibliografía referida.

El siguiente paso de esta primera etapa supuso un análisis y discusión de cada documento, seleccionando los textos más pertinentes para nuestra pregunta de investigación, para realizar un acercamiento a la estructura psíquica que encarna el personaje de Medea en la tragedia. Para lograrlo, se contó con el soporte de las supervisiones semanales con la directora del trabajo de grado, además de encuentros periódicos con un grupo de estudio especializado en filosofía y psicoanálisis, discusiones que fueron relevantes para la articulación de los conceptos y categorías centrales de la investigación, así como para orientar su pesquisa sobre las obras de Freud, eje de la segunda etapa de revisión bibliográfica.

De esta primera etapa, se filtraron y seleccionaron 20 documentos de enfoque filosófico, freudiano, lacaniano, transpersonal, feminista, revisionista, del psicoanálisis británico, objetalista, de psicología jurídica, psicología de la salud y psiquiatría, en virtud de que realizan un análisis del personaje de Medea, los cuales tienen una relación directa con la teoría psicoanalítica y resultaron pertinentes conceptualmente para los fines de este trabajo. Se trata de escritos producidos entre los años 1999 y 2016, en español, inglés y portugués, encontrados en las bases de datos Redalyc, ProQuest, EBSCOhost, Dialnet, *International Journal of Psychoanalysis* y APA Psyc NET; además, se tuvieron en cuenta documentos de la llamada “literatura gris”.

Una segunda etapa de este proceso debía considerar el estudio de la literatura psicoanalítica, particularmente de las obras de Sigmund Freud, que permitieran acercarse a comprender lo abyecto en la princesa Medea. Por tal motivo, se estructuró una segunda matriz con 20 documentos, de los cuales se eligieron los 15 textos (de la misma forma que en la matriz anterior) que mejor contribuyeran a entender la tragedia de Eurípides. Los trabajos seleccionados de Freud comprenden un intervalo de tiempo entre los años 1905 y 1938; en ellos se estudiaron

temas tales como el teatro, la psicopatía, el narcisismo, el sadismo, el masoquismo, la pulsión de muerte, las elecciones de objeto y las estructuras de personalidad.

La tercera etapa dependía de las dos anteriores, ya que, al haber construido con base en Freud, un terreno propicio para el estudio psicoanalítico de la peculiar estructura psíquica del personaje de Medea, se dio paso a la construcción de una tercera matriz que reuniera teorías más actuales en psicoanálisis. Con esta revisión bibliográfica se buscó la reconstrucción de conceptos y elementos que permitieran dar forma a la caracterización de la estructura psíquica de Medea. De modo preliminar, se revisaron 38 documentos, de 16 autores, en los idiomas español, inglés y francés. A partir del trabajo conjunto en las supervisiones y grupo de estudio, decidimos concentrarnos en documentos de dos autores: Donald Winnicott y Otto Kernberg, cuyos aportes consideramos relevantes para nuestra investigación. Con esta elección, se pretendió hacer un acercamiento detallado al estudio de las relaciones objetales y las diferentes estructuras de la personalidad, logrando cercar y focalizar el tema de estudio atendiendo a los principales objetivos de la investigación.

Con la construcción de los tres principales esquemas teóricos que dieron forma al estado del arte, la delimitación del problema, la formulación de hipótesis y la realización del marco teórico de este trabajo, se pudo contrastar conjuntamente la información de los análisis realizados en cada apartado. El resultado de este procedimiento fue el entrecruzamiento de los diferentes aportes de cada eje de estudio, buscando una comprensión compleja de cada elemento encontrado en torno al propósito central de la investigación. Finalmente, con la interpretación de los hallazgos encontrados a lo largo del proceso investigativo, se logró orientar este trabajo hacia la construcción de una hipótesis plausible que diera cuenta de la estructuración psíquica del personaje de Medea en la obra de Eurípides.

Estado del Arte – Psicoanálisis y Medea

El problema planteado en esta investigación no es ajeno a la psicología, pero encuentra mayor posibilidad de desarrollo en la literatura psicoanalítica. Al construir un panorama general del estado actual sobre este tema, se encontraron trabajos de diversa índole, metodología y orientación conceptual. Es preciso advertir que, dentro de los escritos dedicados a pensar el mito, predominan textos de la literatura gris (trabajos no indexados). La presente investigación cobró mayor interés al constatar que la cuestión de Medea no se ha planteado como un asunto de estructura de personalidad. El desarrollo encontrado en los trabajos recopilados es diverso, ya que convergen temas varios como el filicidio, el SAP, la venganza, los arquetipos del inconsciente colectivo o la construcción de subjetividad femenina. Sin embargo, cabe resaltar que algunos autores sí apuntan a una suerte de comprensión estructural basada en el narcisismo o simplemente señalando el conflicto de Medea como algo que puede ser universal. Estas dos ideas, reincidentes en ciertos autores, sirvieron como guía para orientar la investigación y el análisis del personaje.

En virtud de las diferentes perspectivas que han abordado a este personaje mítico, el presente estado del arte recoge y clasifica la bibliografía según su orientación teórica: psicoanálisis, psicología analítica y otros (psicología jurídica, psicología de la salud y psiquiatría). A continuación, se expondrán brevemente las investigaciones de cada autor, sus ideas principales, mostrando su mayor o menor conexión con las hipótesis del presente trabajo.

Psicoanálisis

Lo que predomina en los trabajos psicoanalíticos consultados, es un ejercicio de psicoanálisis aplicado, es decir, un análisis de la dinámica intrapsíquica del personaje. También

hay diferentes ensayos, que más que analizar a fondo al personaje, lo usan para ilustrar algunos planteamientos típicamente sobre la subjetividad femenina. A continuación, se presentan algunos de los textos más notables que se encontraron.

De Roxana Hidalgo Xirinachs, psicoanalista costarricense, se encontraron tres ensayos: *Abandonar las bipolaridades y el logocentrismo* (2002a), *Sexualidad, agresión y autonomía en la mujer: contribuciones psicoanalíticas actuales* (2002b) y *La Medea de Eurípides: hacia un Psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía* (2003). Los tres trabajos tienen una óptica tanto psicoanalítica como feminista, cuyo foco de interés es el rol femenino, su construcción a partir de tensiones propias de cada época y cada sistema socio-político.

En su primer ensayo, Hidalgo (2002a) señala que el rol de la mujer en la sociedad griega no está supeditado a las polaridades modernas que pueden sesgar la comprensión del mito de Medea. Especialmente, la polaridad moderna respecto a la autonomía (dependencia-independencia) condena a la autonomía femenina al castigo social, al excluir la solidaridad y la otredad. Un ejemplo de lo anterior acontece en *Antígona*, tragedia usada por Hidalgo para contrastar con Medea, en quien convergen otras polaridades como griega-bárbara, divina-terrenal, creativa-destructiva o salvadora de argonautas-bruja asesina. La autodeterminación de Medea no pasa por el castigo, gracias a su posibilidad de juntar las fuerzas contradictorias de estas polaridades y de emanciparse de su rol de esposa-madre. Esto no sería posible si el drama de Medea aconteciera en la sociedad moderna que convierte polaridades en dicotomías y anula los otros roles diferentes al materno. Hidalgo concluye que la autodeterminación de Medea es posible gracias al nivel de consciencia con el que asume tanto sus pulsiones eróticas como tanáticas.

En este texto, la autora pretende usar a Medea para ilustrar el camino de la autonomía femenina y cómo este varía en función de la época. Si bien la figura de Medea es representante de un fenómeno universal como la cuestión de la autonomía y la tensión entre esta y la sociedad, los postulados del artículo pueden ser problemáticos. En principio, se puede cuestionar el nivel de autodeterminación de quien transgrede las leyes y comete tan terrible asesinato. La explicación psicoanalítica del personaje se limita a una ligera comprensión de las pulsiones, exponiendo que, en virtud de la consciencia de ellas, se puede lograr dicha autonomía. El presente trabajo asume una postura que pretende ir más allá de la explicación de la personalidad desde las pulsiones, por lo que se resalta el vacío del trabajo de Hidalgo al estar limitado a estas.

Ya en su segundo ensayo, Hidalgo (2002b) se enfoca en cómo el psicoanálisis ha trabajado el tema de la sexualidad femenina, relegándolo al “continente oscuro”. La costarricense señala que a Medea se le da un trato semejante en la tragedia debido a su condición de bárbara. Hidalgo señala cierta inequidad de género en la teoría psicoanalítica de la sexualidad: la dependencia del erotismo femenino frente a la sexualidad masculina falocéntrica reduce la diferencia anatómico-sexual al conflicto entre posesión y carencia. Así mismo, algo semejante sucede respecto al estudio de las pulsiones en el psiquismo femenino: la agresión femenina resulta inadecuada frente al rol social de la mujer (madre, pasiva, silente y cuidadora). La ruptura de Medea con esta inequidad, continúa Hidalgo, radica en la conjunción de muerte y vida en la deformación del rol de madre. La autora señala que Medea explora nuevas dimensiones de goce femenino con el acto filicida, por lo que no puede ser estudiada únicamente desde nociones como el complejo de castración o la envidia del pene.

Es de resaltar la óptica feminista de los postulados de Hidalgo (2002b), quien entabla diálogo con el psicoanálisis, pero se limita a las primeras ideas de Freud sobre el desarrollo

psicosexual. No plantea una caracterización del personaje, sino más bien un cuestionamiento de lo femenino en la sociedad y al interior del psicoanálisis mismo usando a Medea como ilustración de una comprensión más amplia de la psicología femenina. El presente trabajo asume una actitud semejante: Medea no puede ser explicada únicamente por dinámicas psicosexuales (que están más ligadas al estudio de las neurosis). Así mismo, se retoma la perspectiva de la autora respecto a que las pulsiones no existen en el vacío sino en un medio social que las confronta y moldea.

Un año más tarde, Hidalgo (2003) recoge sus escritos previos y los lleva a otro nivel de comprensión en *La Medea de Eurípides: Hacia un Psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía*. Este artículo propone un recorrido histórico de los autores en psicoanálisis que han trabajado el mito y la capacidad de destrucción femenina, llegando algunos incluso a postular un “complejo de Medea”. Hidalgo construye a su vez, un estado del arte que se remonta a Wittels (1944), quien propone este complejo como expresión del odio inconsciente, la rivalidad y la envidia de la madre frente a su hija; posteriormente, Stern (1948) extendió ese deseo de muerte hacia los hijos de ambos géneros y contra su pareja. Años después, Friedman (1960) analizó el caso clínico de una mujer con deseos de muerte hacia su hijo, relacionándolo con una protesta en contra del rol social femenino. Así, señala Hidalgo, que las consideraciones metapsicológicas tienen un asidero tanto clínico como social. Los primeros analistas en estudiar a Medea mostraban preocupación por cómo relacionar con el rol femenino tradicional, mujeres capaces de tal odio a sus hijos.

Continúa su recorrido remitiéndose a Orgel y Shergold (1968), quienes notaron cómo la venganza asesina y la seducción en Medea son consecuencia de frustraciones narcisistas y fantasías de omnipotencia. Bajo esta misma línea, Kuiper (1968) reafirma la hipótesis de la

humillación narcisista al vincular el “complejo de Medea” con la envidia del pene. Estos autores marcan una tendencia que comprende a la princesa de Cólquide desde un funcionamiento narcisista. Aunque estos trabajos no se refieran específicamente a una estructura de personalidad, otros investigadores seguirán la línea del narcisismo para caracterizar al personaje. Aquí hay un primer esbozo de la hipótesis del narcisismo, que cobrará mayor relevancia a lo largo de la presente investigación

Finalmente, Hidalgo (2003) termina su recuento histórico refiriéndose a los trabajos de Babatzanis y Babatzanis (1992), Warsitz (1994) y Leuzinger-Bohleber (1997), quienes pretenden encontrar una razón de la destructividad femenina. Los primeros indagaron acerca del posible vínculo entre las relaciones incestuosas familiares y el potencial destructivo. Warsitz (1994) estudió la estructura psíquica de la melancolía, la vergüenza, los sentimientos de culpa y el narcisismo para dar cuenta de las múltiples causas de la destructividad femenina. Leuzinger-Bohleber (1997), concibe el homicidio de un hijo como la máxima venganza frente a una humillación narcisista femenina. Llama la atención la reincidencia del tema del narcisismo en las investigaciones psicoanalíticas sobre Medea. Pero en los artículos que profundizan en el tema, la relación es narcisismo-agresión, y no pretenden caracterizar al personaje trágico.

Hidalgo (2003) advierte cierta división en los estudios psicoanalíticos sobre la agresión femenina: unos presentan a una mujer omnipotente, castradora y devoradora, mientras que otros denotan a una mujer “común” con rasgos depresivos y masoquistas. Para cuestionar esta escisión, pone el ejemplo de Medea, figura que muestra tanto la imagen de la madre omnipotente-autónoma como la de mujer homicida. Desde una perspectiva feminista, señala que en Medea la agresión destructiva puede ser leída también como agresión creativa, necesaria para la separación y creación de algo nuevo. Concluye que lo femenino ha sido estudiado por el

psicoanálisis de manera marginal, situación que propone contrarrestar con el posible análisis de Medea como símbolo de una mujer autónoma que acepta sus impulsos destructivos.

En los tres ensayos referidos de Hidalgo, es más que evidente el retrato de Medea como prototipo de mujer libre de los roles socialmente asignados. Sin embargo, es importante señalar que la autora recurre al personaje para ilustrar otras comprensiones de lo femenino con el fin de oponerse a la inequidad de género existente tanto en la sociedad como en el psicoanálisis. Sus ideas arrojan intuiciones importantes, mas no logran una propuesta sólida para entender la tragedia de Eurípides ni el psiquismo propio de Medea. Al analizar las investigaciones de Hidalgo, se puede concluir que no son suficientes para lo que se pretende en esta investigación, pero se reconoce de todos modos, como una de las autoras que más se ha dedicado a estudiar a la princesa de Cólquide.

De Márcia Barcellos Alves y Maria Cristina Poli, psicoanalistas brasileñas, se rastreó el ensayo titulado *When a Woman is Mother: Feminine Jouissance in Motherhood* (2016). Aquí se encuentra una discusión (común en otros textos de inspiración lacaniana) sobre la construcción de la mujer con base en la tensión entre la “verdadera mujer” y el rol social de la maternidad (Lacan, 1960). En Medea hay un ejemplo de cómo la “verdadera mujer” trasciende su rol materno y es capaz de usar su herida (la castración) para herir al hombre. Las autoras enfatizan que, si bien la maternidad implica un goce narcisista en el que se asume al hijo como falo materno, esto compensa y a la vez confirma la castración (Allan-Miller, 2010). Al reactivar la castración, se despiertan en la mujer fuertes pulsiones hostiles, que son asumidas por la “verdadera mujer”, quien, fiel a su verdad pulsional, trasciende el rol materno, aunque esto implique la trasgresión del Otro. En este ensayo prevalece el estudio de la dinámica pulsional propia de la configuración de lo femenino, especialmente desde una óptica lacaniana. Sin

embargo, para los fines de este trabajo, se ha adoptado una perspectiva más centrada en las estructuras psíquicas que en las pulsiones y en la crítica a la concepción de la identidad femenina en tanto madre. La figura de Medea merece un análisis más detallado en su estructura de personalidad, en vez de solo ser usada como ilustración de lo patológico o lo femenino.

Desde una perspectiva similar a la anterior, se puede ver que en el texto *Medea o la radicalidad del deseo* (2006), la francesa Claudine Cassanova subraya en Medea tanto una trasgresión como una forma de renovar el lazo social: la dinámica libidinal de la destrucción logra reconfigurar su historia de varios exilios. Cassanova relaciona la radicalidad del deseo de Medea (incapaz de negociación alguna) con su condición social de mujer bárbara y despojada de sus vínculos significativos. Su deseo radical exige satisfacción plena, aunque el riesgo de esta sea el agotamiento de la libido, la destrucción del vínculo, del objeto y de la capacidad misma de desear. Cassanova señala cierta inversión en la historia de Medea: cuando era mujer de Jasón, sus deseos se someten a la voluntad de su esposo (el Gran Otro), pero al romper el vínculo (símbolo del lazo social), el deseo de Medea se desborda como egoísta y transgresor. Si bien Cassanova se basa en la versión de la obra de H. Müller (1992), la autora hace hincapié en ciertos elementos del mito que podrían ser universales.

Una de las ideas más interesantes de este trabajo es la comprensión de los exilios geográficos (de Cólquida, Yolcos y Corinto) como metáforas de un exilio del placer y un exilio de sí misma. Para Medea, antaño el Gran Otro anulaba al Yo, ahora el Yo anula al Otro. Ya que era incapaz de desear por sí misma, solo le quedaba ser objeto de deseo de Jasón y al dejar de serlo, la muerte psíquica la amenaza. Para responder a este conflicto, Medea debe ejercer una suerte de contra-inversión: la muerte no habrá de caer sobre ella sino sobre aquel que la ha

herido. Esta contra-inversión, cristalizada en venganza, es semejante al mecanismo de la regresión narcisista, elemento del personaje señalado por otros autores ya mencionados.

Desde otras perspectivas en el psicoanálisis, más centradas en el desarrollo psíquico y los vínculos objetales, encontramos el artículo *Stealing Beauty: An Exploration of Maternal Narcissism* (2001), de la estadounidense Marilyn Charles. El texto es valioso en tanto que usa a Medea para enfocar la cuestión de la agresión en la diada madre-hijo. Charles muestra que no todas las relaciones simbióticas en la diada son placenteras para la madre. En algunos casos la madre siente que su hijo le ha robado algo, entonces, tiende a una venganza inconsciente. Esta agresión es bastante eficaz porque el hijo está inmerso en la relación simbiótica, incapaz de diferenciación y de cualquier defensa. Charles se preocupa por cómo la envidia materna (Klein, 1928) puede afectar gravemente el desarrollo psíquico del hijo, imposibilitando el florecimiento de un verdadero sentido del Yo. La psicoanalista encuentra en este atentado contra el psiquismo de los hijos, una representación simbólica del filicidio de Medea. En este sentido, el drama de Medea puede ser más común de lo que aparenta, aunque su desenlace pueda ser menos trágico.

Lo anterior es posible en el marco de un funcionamiento primitivo y de orden psicótico, como la simbiosis. Charles (2001) ilustra un funcionamiento semejante en el personaje mítico: la regresión narcisista en Medea, hace que en ella estén fundidos los sentimientos de amor y odio hacia los hijos. En última instancia, concluye Charles, el orgullo, la ira y el deseo de venganza priman sobre cualquier cuidado materno en el caso de la princesa. Si bien su artículo no está centrado en un punto de vista estructural, ofrece una explicación atractiva sobre las relaciones interpersonales y el funcionamiento del personaje de Medea. Es de especial interés comprender al personaje desde una regresión narcisista, lo que a su vez nos ilustró para estudiar el psicoanálisis de las relaciones objetales.

Una idea semejante puede ser encontrada en el trabajo *Trauma, Envy and Revenge* (2006), en el que Lawrence Brown reproduce una discusión de diversos autores, de la que retomamos las ideas de Sharon Roberts sobre Medea. La analista propone una suerte de “complejo de Medea” en el que la venganza se constituye como respuesta a un trauma, especialmente si este implica traición. Su tesis central radica en cómo se retroalimentan constantemente el Tánatos y un trauma en la historia del sujeto, para potenciar acciones vindicativas. Factores como la internalización de la ansiedad persecutoria, sentimientos de odio y de humillación en etapas previas del desarrollo, hacen al sujeto incapaz de elaborar la frustración del trauma. Lo más importante del artículo es, a nuestro juicio, la afirmación de que “en la protagonista se ubican aspectos desautorizados de la condición humana” (Brown, 2006, p.567); en ella, se puede interpretar que Sharon hace un llamado a darle mayor importancia a Medea en el pensamiento psicoanalítico. En el análisis de la princesa filicida, no se puede omitir la acumulación de exclusiones, exilios y traumas que desencadenan la venganza asesina.

Esta serie de ideas apunta a una dimensión abyecta y poco estudiada del psiquismo, pero no por ello menos presente en el alma humana. Aunque las ideas de Sharon (citada en Brown, 2006) se articulan desde la pulsión de muerte y no la consideremos suficiente para caracterizar a Medea, es de resaltar el papel de la traición de Jasón sobre su dinámica psíquica. De igual modo, es importante el acento de fallas y frustraciones en el desarrollo como posible explicación al drama de Medea.

También es digno de mención el trabajo de Marianne Leuzinger-Bohleber, psicoanalista alemana citada previamente en el trabajo de Hidalgo (2003), quien reflexiona en su artículo *The Medea Fantasy: An Inevitable Burden During Prenatal Diagnostics?* (2010) sobre las cuestiones que surgen alrededor de los diagnósticos prenatales, el aborto, la decisión de la madre de

interrumpir un embarazo complicado y los deseos en conflicto que aquí se encuentran. Afirma que los avances que posibilitan los diagnósticos prenatales (malformaciones, enfermedades genéticas, etc.) abren nuevos dilemas a la sociedad moderna. La decisión de interrumpir el embarazo genera en ambos padres síntomas patológicos de índole depresiva. En el caso de la madre, se pueden alborotar fantasías pre-genitales (deseo de envenenar al hijo o expulsarlo de su cuerpo para evitar ciertos daños). Estos deseos son bastante conflictivos al generar gran culpa tras haber dañado un objeto bueno que aún hace parte de sí. Específicamente, se estudia la “fantasía de Medea”, que implica una tensión entre un aborto y el miedo de abandono de la pareja. Aquí, el temor es a que, al perder al hijo, se pierda el lazo que mantiene unida a la pareja. Así, la “fantasía de Medea” describe la fantasía corporal en la que las mujeres están convencidas inconscientemente de ser las asesinas de sus propios hijos.

El conflicto entre los deseos, la culpa y el daño del vínculo induce al sujeto a un funcionamiento psíquico primitivo, cuyos mecanismos de defensa son la negación, la proyección y la escisión. Señala Leuzinger-Bohleber (2010) que estos mecanismos cumplen la función de hacer un poco más tolerable para el sujeto esta “fantasía de Medea”. Si bien el análisis de los mecanismos es de suprema importancia para entender la dinámica y el operar del psiquismo, no ofrece mayor comprensión acerca de la cuestión de la estructura de personalidad subyacente a dichos mecanismos. Sea como sea, es interesante ver que la estructura de Medea puede expresarse de diversos modos y en diversas circunstancias, en este caso, en los procesos psíquicos detrás de la interrupción del embarazo.

Pero, sin lugar a dudas, es Melvin R. Lansky, quien a nuestro juicio tiene una mirada más profunda no solo en la interpretación del personaje sino en las dinámicas psíquicas que allí convergen. En su trabajo *The Impossibility of Forgiveness: Shame Fantasies as Instigators of*

Vengefulness in Euripide's Medea (2004), plantea que la traición de Jasón se conjuga con una incapacidad de perdón (o al menos de cooperación) en Medea. En el transcurso de la tragedia, la venganza se nutre de fantasías paranoides, intolerancia a la vergüenza y el uso de mecanismos de defensa primitivos. Una vez culminada la vendetta, Medea pasa a una omnipotencia narcisista en la que se siente restituida. Lo que hace el trabajo de Lansky tan valioso es el análisis detallado de Medea, que ofrece tanto una explicación de sus actos como de su funcionamiento psíquico. El autor se desplaza desde la pulsión o el trauma y usa como foco de análisis las relaciones objetales para comprender a la princesa filicida.

En Medea, el conflicto psíquico no es entre placer/displacer, sino entre el mantener o no sus lazos afectivos. Esta problemática en las relaciones objetales se ve influenciada por las fantasías del personaje: primero fantasías de vergüenza, luego de simbiosis e identificación proyectiva, y finalmente, de omnipotencia. Antes de tornarse vengativa, Medea está en una situación de angustia y humillación. En un primer movimiento para volver más tolerable la situación, la vergüenza deviene en fantasías paranoides. Al ver que Jasón conspira con Creonte y los corintios para humillarla, Medea ubica su desgracia en el exterior. Esta fantasía paranoide provoca una identificación proyectiva con Jasón. En la mente de Medea, ambos están fusionados, y ella se convence de que, para liberarse de su angustia, impotencia y vergüenza, debe trasladar estos sentimientos a Jasón. Para lo cual, debe infringirle un daño semejante al que ha sufrido.

En este punto, Lansky (2004) reflexiona en torno a qué otros resultados podrían tener esta situación si Medea tuviera una configuración psíquica distinta. El autor afirma que para que el perdón sea posible, el sujeto debe ser capaz de soportar la vergüenza y la angustia. Esto implica asumir los duelos, la separación y la pérdida de la omnipotencia. En caso contrario, es inevitable una ruptura de los vínculos objetales. Este último es el destino de Medea quien, incapaz de

soportar la vergüenza y perdonar, busca la venganza para aliviar su malestar. La salida a este conflicto la lleva a la tercera fantasía, una fantasía de omnipotencia en la cual sale impune del filicidio.

Lansky (2004) se cuestiona qué interacción entre lo intrapsíquico y los instigadores (de tipo ambiental) posibilita la regresión narcisista y este nefasto desenlace. Propone que la condición de extranjera y de mujer en Medea son catalizadores de la fantasía paranoide. La situación inicial de Medea la obliga a abandonar los lugares y los vínculos significativos para ella. Lo que rompe este asilamiento, son los encuentros con Creonte y Jasón. Al confrontarse con quienes la quieren exiliar, el psiquismo de Medea se moviliza hacia la decisión irrevocable de venganza. Este movimiento psíquico, denominado regresión narcisista, fortalece el Yo de Medea y hace que la destrucción no caiga sobre ella, sino sobre sus enemigos.

Sin embargo, Lansky (2004) señala el encuentro con Egeo como el crucial. No solo Medea se muestra recuperada de su angustia y decidida a la venganza, sino que Egeo le ofrece asilo y protección. Medea podría haber tenido una salida a su predicamento, abandonar a Jasón y buscar una nueva vida, pero hay algo que se lo impide. El autor se pregunta cuál es ese obstáculo que le impide irse con sus hijos y concluye que esta dificultad reside en la incapacidad de perdonar a Jasón, y paradójicamente, la incapacidad de separarse de él por el amor-simbiótico que aún los une. Este, dice Lansky, es el verdadero núcleo del drama: para poder separarse, Medea ha de matar a sus hijos, símbolo de su unión con Jasón.

En últimas, la vergüenza inicial es más insoportable que el filicidio para Medea: la determinación de destruirlo todo se sobrepone al deseo de recuperar sus vínculos. Al final de la obra, la resolución tipo *Deus Ex Machina* en la que Medea sale triunfante en el carro divino de

Helios, es una metáfora de la última fantasía de la princesa, en la que recupera su omnipotencia y sale impune de la desgracia. Lansky (2004) dice que esto es una fantasía, ya que en la realidad Medea no está exenta de la tragedia: no solo sus hijos están muertos, sino que ahora que los ha matado, ha llevado su psiquismo más allá de las fronteras del mundo vincular, por su imposibilidad de perdonar, tolerar las heridas narcisistas y de rehacer el lazo social.

A partir de estos nueve escritos analizados, se puede ver que el estado actual del estudio sobre Medea en el psicoanálisis ha sido abordado desde diferentes perspectivas, lo cual ha dado lugar a distintas comprensiones del personaje. Desde las ópticas feminista y lacaniana, hasta los autores cuyas ideas sugieren que en Medea residen elementos psíquicos universales de múltiple expresión, se pueden encontrar elementos clave para la caracterización del personaje. Especialmente, el funcionamiento psíquico basado en la regresión narcisista, las fallas en el desarrollo psíquico y la culpa, la instrumentalización de los hijos y la resolución del conflicto psíquico mediante la venganza. Esta serie de ideas cobraron importancia a lo largo de la investigación, llegando a orientar la comprensión teórica del tema y logrando articularse como las categorías necesarias para la caracterización de Medea.

Psicología Analítica

También se encontraron algunos trabajos enmarcados dentro de la psicología analítica². Si bien comparten conceptos y lógicas con el modelo psicoanalítico, tienden a concebir a Medea más como un arquetipo, más propio de un universal transgeneracional, que como un conflicto

² Por psicología analítica se entiende la línea de divergencia del psicoanálisis impulsada por Carl Jung. Si bien Jung retoma algunos de los conceptos cruciales del psicoanálisis como la naturaleza inconsciente del psiquismo o la interpretación de los sueños, difiere en otros aspectos como el incesto y la concepción de la libido. Sus propuestas de mayor impacto han sido la de un “inconsciente colectivo” y la estructuración de la personalidad a partir de “arquetipos”.

psíquico estructurante. A continuación, se expondrán brevemente tres de los trabajos más relevantes.

De Robert Tyminski, psicólogo jungiano estadounidense, se hallaron dos artículos: *Medea, Jason, and their Illusions of the Golden Fleece: a Jungian Contribution to Transference Dreaming* (2011) y *The Medea Complex - Myth and Modern Manifestation* (2014). Desde la psicología analítica y transpersonal, Tyminski usa el mito de Medea para ilustrar fenómenos clínicos como las dinámicas de los sueños, las profecías de auto-cumplimiento y el papel de las ilusiones en terapia. A fin de cuentas, plantea el estadounidense, estudiar cómo se orquestan los arquetipos en la formación de la personalidad, puede orientar a una mejor comprensión de la relación del inconsciente del paciente (vivencias particulares) con el inconsciente colectivo (experiencias mitológicas).

En su primer trabajo, Tyminski (2011) pretende analizar los personajes mitológicos de Jasón y Medea desde el robo del vellocino de oro. El vellocino simboliza lo inalcanzable y las esperanzas ilusorias, estas pueden ser riesgosas para los pacientes en el contexto clínico. Dice Tyminski que, si estas son suscitadas por el análisis, deben ser manejadas cuidadosamente para ajustar las expectativas del paciente al tratamiento. Al igual que otras expresiones de lo inalcanzable (el fruto prohibido, la caja de Pandora, etc.), el vellocino guarda una esperanza y una precaución: una advertencia de una tragedia que sucede cuando el Yo logra alcanzar a su Ideal. El autor lo ilustra del siguiente modo: Jasón, al conseguir ilegítimamente el vellocino con ayuda de Medea, pasa de ser un héroe a un ladrón; y algo semejante le sucede a Medea, quien siendo doncella se convierte en bruja. Acercar el Yo a su Ideal no hace mejor al Yo, sino que destruye el Ideal. Concluye el autor que un Yo lejano del Ideal es mejor que un Yo sin Ideal.

En un texto posterior, Tyminski (2014) sigue analizando a Medea y su relación con Jasón, pero enfocándose en lo sucesivo al robo del vellocino de oro. Inicialmente, el autor señala que el drama del filicidio es recurrente en la mitología griega: Cronos devora a sus hijos, Hércules enloquecido hace lo mismo y Agamenón se ve obligado a sacrificar a su hija para satisfacer una demanda divina. Lo particular de Medea, es ser una versión ensombrecida del arquetipo de la *Madre* (Jung, 1954 citado por Tyminski). La *Madre* buena es dadora de vida (Gea, María, Pacha Mama), mientras que la *Madre* mala la arrebató o deforma (Lillith, Cleopatra o Medea). Tyminski ve en el drama de Medea una lucha transgeneracional. El antecedente remoto remite a la reina Ino, quien desea matar a sus hijastros Frixo y Hele, para que sus propios hijos hereden el trono. Es el carnero dorado quien salva a los jóvenes y los lleva a Cólquide. Posteriormente, Jasón, en una disputa por el trono con su tío Pelias, emprende la búsqueda del vellocino de dicho carnero dorado. Al llegar a Cólquide, Jasón enamora a Medea y ella traiciona a su padre en auxilio del argonauta para obtener el tesoro. Tyminski concluye que el drama termina en Medea cumpliendo el deseo inicial de Ino: asesinar a sus hijos. La lucha de generaciones culmina en la venganza de Medea.

Si bien estos artículos usan principios y conceptos ajenos al psicoanálisis clásico, hay ciertas ideas que pueden aportar a la comprensión de la estructura de personalidad en Medea. Este personaje tiene una doble condición de doncella y de bruja, en la que se conjugan sus habilidades y talentos para fines abyectos. Tyminski (2011) es intuitivo respecto a no menospreciar la capacidad de la princesa para el mal. La traición al padre es revertida cuando Jasón la traiciona, por lo que se puede ver que Medea despliega sus aptitudes ante la falta de confianza. Por otro lado, aunque lo transgeneracional obedece a una conceptualización distinta

del inconsciente, sí arroja la idea de que la configuración psíquica depende parcialmente de las figuras parentales, especialmente si la *Madre* es buena o mala (Tyminski, 2014).

Otro trabajo desde la psicología analítica útil para entender a Medea es *Os Filhos de Medeia e a Síndrome da Alienação Parental* (2016), de la brasileña Yvanna Aires Gadelha. En este texto se encuentra una aproximación, desde los arquetipos jungianos, a la figura de Medea y al fenómeno del Síndrome de Alienación Parental (SAP; Gardner, 1980) como expresión particular del arquetipo de Medea. Así, el mito de Medea vendría a ser un arquetipo del complejo que se vive ante la ruptura de una relación amorosa; siendo el SAP una de las expresiones individuales de este arquetipo (Jacobs, 1988, citado por Gadelha). La autora analiza al personaje y plantea que Medea es explícita en su deseo de herir a Jasón usando a sus hijos como medio, por lo que no se puede hablar de un acto psicótico o alucinatorio, sino frío, calculado y consciente³. También la doncella-bruja expresa el sufrimiento que le ha causado la maternidad, lo que es el antecedente de mayor peso en la relación con sus hijos. Finalmente, racionaliza el filicidio como "altruista" expresando que abandonar a sus hijos en manos de Jasón sería un peligro mayor.

Respecto al SAP, Gadelha (2016) marca cómo, desde una comprensión transpersonal, el sufrimiento de los hijos contiene el de sus padres. En este caso, los niños desarrollan una personalidad precoz y una falsa imitación de sus padres (Dolto, 2003, citada por Gadelha). Siempre hay una condición narcisista en el padre alienador, que no soporta la pérdida del objeto amado. Ante esto, se usa a los hijos como extensión de sí con fines vengativos. El SAP es una expresión del complejo de Medea, concluye Gadelha, ya que ella es la alienadora por excelencia: no solo restringe la convivencia de Jasón con sus hijos matándolos, sino impidiéndole dar sepultura a los cadáveres.

³ Esto coincide con la reflexión de Bieda (2006).

Aunque su comprensión se ubica fuera del psicoanálisis, Gadelha (2016) coincide con muchos de los otros autores psicoanalíticos en varios puntos. La brasilera señala como antecedente del filicidio, una maternidad poco placentera y con dificultades. También apunta al funcionamiento narcisista que permite la instrumentalización de los otros y la consecución de la venganza. Y, aunque no se hable de estructura de personalidad propiamente, Gadelha es contundente al postular que el “arquetipo de Medea” tiene múltiples expresiones en la vida de las personas. Ya se había visto previamente la interrupción del embarazo como un ejemplo de esto (Leuzinger-Bohleber, 2010), pero la brasileña añade el SAP como otra posible expresión del arquetipo.

Otros

También se encontraron trabajos desde la psicología jurídica, la psicología de la salud y la psiquiatría, que tocan el personaje de Medea. Dichos textos no interpretan al personaje, sino que aluden a él para explicar las desgracias del filicidio, el SAP o la violencia intrafamiliar. Si bien no tienen un abordaje psicoanalítico, sí tocan algunos aspectos que pueden ser tenidos en cuenta para una más amplia comprensión.

Por ejemplo, autores como McCloskey (2001) o Friedman, Cavney y Resnick (2012) han señalado el filicidio como una problemática de salud pública. La instrumentalización de los hijos y la venganza marital son independientes del género del padre y tienen graves implicaciones legales. McCloskey es enfática en que no es inusual encontrar el "complejo de Medea" incluso en hombres. Por otro lado, Friedman, Cavney y Resnik no solo recalcan el carácter instrumental de la violencia, sino que describen como principales motivos la venganza hacia el otro padre o un motivo altruista en el cual se mata al hijo "por amor". Estas conductas pueden explicarse

desde múltiples perspectivas, lo importante, concluyen los autores, es que no dejen de ser estudiadas.

La idea de que la dinámica del filicidio o la violencia intrafamiliar no está circunscrita a un único contexto o al género del padre, refuerza la hipótesis de cierta universalidad de los rasgos propios de Medea. De aquí podemos orientar la comprensión de Medea como una estructura de personalidad particular. También los autores hacen especial énfasis, como otros investigadores psicoanalíticos, en la idea de que estas agresiones solo son posibles gracias a una relación con los hijos basada en la instrumentalización.

También es de resaltar la investigación de De la Cruz (2008) *Divorcio destructivo: cuando uno de los padres aleja activamente al otro de la vida de sus hijos*. La autora brasileña destaca que el padre alienador no tolera la decisión de su cónyuge de separarse, surgiendo sentimientos de ira, venganza y de temor a ser sustituido. Estar inmerso en las mismas condiciones iniciales que vive Medea, constituye el mayor riesgo para que un sujeto reaccione a un divorcio o traición del cónyuge del mismo modo que la princesa filicida. También señala la autora como condición de estas agresiones, una dinámica narcisista donde no se asumen las responsabilidades propias en el divorcio. Como requisito para las agresiones hacia los hijos, concluye la autora, debe existir la idea de que estos son extensión de uno de los padres; estas ideas también pueden encontrarse en los trabajos de Vilalta (2011). Una vez más, el énfasis está puesto en la instrumentalización de los hijos y el funcionamiento narcisista del padre. Es notable la semejanza con algunos de los autores expuestos previamente.

En la revisión bibliográfica, se encontró el trabajo de Ricardo de la Espriella (2006) *Historia de mujeres filicidas inimputables por enfermedad mental*. Este artículo es digno de

mención no solo por la impecable metodología mixta con la que analiza ocho casos de mujeres filicidas en Bogotá, sino por las conclusiones a las que llega. Si bien hay múltiples factores que varían en cada una de las entrevistadas, de la Espriella distingue como factor común una historia de precariedad en el desarrollo psíquico y un funcionamiento en el que los hijos se asumen como extensiones del sujeto. Así mismo, muestra que, en función del género del hijo, la motivación del acto puede ser vindicativo (masculino) o altruista (femenino). Si bien el psiquiatra colombiano no pretende diagnosticar ni determinar una estructura en estas mujeres, señala que la forma en la que establecen vínculos es determinante para la posibilidad de cometer tal atrocidad.

Tras la construcción del estado del arte, es posible constatar que lo problemático en Medea coincide con diversas complicaciones de la vida humana. El estudio de Medea trasciende el análisis literario de la tragedia, ya que abarca múltiples fenómenos perturbadores como: conflictos en el rol femenino, el aborto, el SAP, la violencia intrafamiliar o el filicidio crudo y directo. Esto señala cierta posible comprensión de la princesa de Cólquide como una estructura en sentido propio. Son recurrentes, han encontrado estas diferentes investigaciones, los elementos del funcionamiento narcisista, la instrumentalización en las relaciones y lo vengativo en estas situaciones. Quizá en cada situación humana que implique lo anterior, se asome la Medea psíquica que todos llevamos dentro.

Marco teórico

Psicoanálisis freudiano

Si bien el padre del psicoanálisis profesaba un amor intenso a la mitología y al teatro, no encontramos en sus escritos sino una alusión al personaje de Medea. Esta puede ser encontrada en el *Caso Dora* (1905), refiriéndose a la coexistencia de ideas antagónicas e inconscientes en las relaciones interpersonales. Empero, el psicoanálisis ha sido una de las disciplinas que mayor preocupación ha mostrado al momento de entender la estructura psíquica en el individuo a partir de los mitos. Entender a Medea desde esta perspectiva es plausible en tanto el bagaje conceptual del psicoanálisis permite comprender a mayor profundidad la personalidad, el conflicto psíquico y las motivaciones conscientes e inconscientes detrás del drama trágico de la princesa de Cólquide. Este arsenal de conceptos es vasto y en virtud de ello es que se ha podido abordar al personaje desde tan disímiles interpretaciones. Nociones como trauma, envidia, fantasía, venganza, pulsión de muerte o narcisismo son las más usadas por los investigadores. Sin embargo, en el presente trabajo se proponen otros conceptos como: vínculo objetal, manipulación instrumental, patología del superyó y fenómenos transicionales. La intención de ampliar las herramientas conceptuales es la de poder plantear una comprensión de Medea desde una estructura más amplia de a la narcisista, como usualmente se entiende. La estructura que se vislumbra en Medea corresponde más a una psicopatía que a una psicosis.

Pese a la ausencia del personaje en el panorama freudiano, el escrito (1906) *Personajes psicopáticos del teatro* es lo que más se ajusta a una posible comprensión de la psicopatía y lo abyecto en una obra artística. Este breve texto contiene una serie de ideas bastante interesantes como la de la fuente de placer que reside en el teatro, conectando los elementos reprimidos del

espectador con las acciones que tienen lugar en el escenario. El teatro trágico es reflejo del conflicto entre un héroe que desea imponer su voluntad y un orden divino o social que se opone. El texto de Freud (1906) es incisivo en la conexión que hay entre el héroe trágico y el espectador: el drama psíquico está en ambos, aunque en uno sea manifiesto y en el otro latente. Freud (1906) comenta que el desenlace en la tragedia, al igual que en la vida del espectador, radica en desistir de los deseos individuales en pro de este orden. Concluye Freud con la frase de Goethe "quien no pierde la razón bajo ciertas provocaciones, ninguna razón tiene que perder" (p.1275), para mostrar que los conflictos y dramas son comunes a toda la humanidad. ¿Acaso no se puede usar el mismo argumento para concebir la transgresión y la tragedia de Medea como algo común al género humano? Quizá lo que horroriza del drama de Eurípides sintoniza con algo que nos horroriza de nosotros mismos.

Este es el único trabajo del *corpus* freudiano que habla de la psicopatía. Si bien da luces al respecto, es insuficiente para entender a Medea por dos razones: no operacionaliza lo psicopático y está centrado en el elemento pulsional, insuficiente para explicar por sí solo la dinámica estructural en un carácter. Freud siempre mostró interés en los distintos tipos de personalidad de sus pacientes o de personajes literarios, pero en este texto temprano aún no ha pasado de perspectiva topográfica a una estructural que permita un análisis más refinado de la dinámica y conflicto psíquico. Para entender más a fondo las diferentes configuraciones psíquicas, Freud empezó a interesarse en la elección de objeto. El primer germen de lo que después se consolidaría en la escuela objetalista se puede ver en el artículo *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre* (1910), pero no será hasta su *Introducción al Narcisismo* (1914), que Freud logrará sentar las bases para una lectura más detallada de cómo son las relaciones del Yo con los objetos a lo largo del desarrollo psíquico del sujeto. La diferencia entre

el Yo y el objeto fue un hito fundamental en el psicoanálisis. Gracias a esta diferencia se puede entender cómo el Yo construye al objeto al dotarlo de energía psíquica (catexia) y significado íntimo para él. De manera complementaria, gracias a las relaciones objetales, el Yo logra conformarse a sí mismo, integrarse y llegar a ser autónomo.

Lo primero que advierte Freud (1914), quien no concibe una estructura yoica definida ni innata, es que “el narcisismo es una etapa necesaria intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal” (p. 2019). También Freud señala que el narcisismo no es perverso, ya que la libido yoica está estrechamente ligada a los instintos de auto-conservación. Pero, de todos modos, el narcisismo puede estar ligado a fenómenos que sean patológicos como la hipocondría, los delirios de grandeza, el exaltamiento del Yo y el desinterés por el mundo exterior. En estos procesos, se empiezan a difuminar las fronteras entre el Yo y el objeto. Aquí Freud diferencia dos tipos de narcisismos: el primario, que vendría siendo un estadio natural y temprano del desarrollo psíquico de todos los sujetos, y el secundario, que se da cuando en el desarrollo ya se había abandonado el narcisismo primario y se había logrado establecer una relación objetal, pero que, ante cierta vicisitud, la libido retorna al Yo en un movimiento denominado regresión narcisista.

En este texto Freud ve que, para poder entender otros fenómenos psíquicos de tipo psicótico, es necesario contraponer la libido del yo a la libido objetal. La libido del yo desdibuja las fronteras sujeto-objeto y hace que se pierda el interés por los objetos externos, mientras que la libido objetal sí diferencia al sujeto del objeto exterior y es capaz de un intercambio objetal sin tener que regresar siempre al Yo. La diferencia entre la libido objetal y la libido yoica (o narcisista) se correspondería entonces con la diferencia entre neurosis y psicosis. Esto implica un quiebre para Freud, que siempre se había amparado en la diferencia entre “hambre” y “amor”

para poder entender el carácter pulsional de la psique. El concepto de objeto cobra entonces un crucial valor para entender la dinámica psíquica y el desarrollo de los sujetos. Tras estos avances, Freud desplaza su mirada a un punto de vista objetal para distinguir dos tipos de elecciones de objeto: de conformidad narcisista (el sujeto busca lo que fue, es o será) o anaclítico (el sujeto busca a las primeras figuras significativas). Freud concluye entonces que el desarrollo psíquico implica un distanciamiento del narcisismo primario, para re-conquistarlo después al poder acercar su Yo a los objetos que le suscitan amor y admiración (Ideal del yo). Esto quiere decir que un sujeto ha de ser capaz de salir de la omnipotencia narcisista, reconocer otros objetos ajenos al Yo, establecer catexis con estos y poder incorporarlos como personajes dentro de su propia vida intrapsíquica. En todas estas fases, es evidente que la relación objetal es determinante en la construcción de la personalidad y el desarrollo psíquico.

Freud siguió puliendo el tema de las relaciones objetales para después integrarlo a sus teorías sobre las pulsiones en *Los instintos y sus destinos* (1915a). Retomando que el psiquismo está en constante conflicto, Freud señala tres tipos de antítesis: actividad-pasividad, yo-mundo exterior y placer-displacer. Más allá de la evolución de estas antítesis, el punto clave es el de caracterizar la dinámica psíquica como siempre conflictiva y en tensión. Las dos primeras antítesis se centran especialmente en cómo las pulsiones encuentran objetos (a veces tomando al sujeto mismo como objeto) para lograr la descarga de la tensión. Pese a que la descarga sea el fin natural de las pulsiones, Freud advierte que estas raras veces logran tal cometido sin deformación alguna. Por el contrario, las pulsiones se ven sometidas a diferentes destinos que las desvían o modifican; es notable cómo Freud empieza a darle más importancia al objeto y a las vicisitudes ambientales: la pulsión sin sujeto y sin objeto es una abstracción incognoscible, solo es posible ver los efectos de la pulsión gracias a los sujetos u objetos en los cuales actúa. Es por esta razón

que Freud empieza a enfocarse más en los destinos de la pulsión que en la pulsión misma. Gracias a la movilidad de objeto, es que cada sujeto vive su conflicto psíquico de manera diferente. Para entender los distintos tipos de personalidad, estudiar las pulsiones *per se* es insuficiente, es imperativa la consideración de las relaciones objetales del sujeto.

Dentro de los destinos posibles en este texto, Freud (1915a) centra su atención en la transformación en lo contrario y la orientación hacia la propia persona. La transformación en lo contrario se explica a partir del cambio de fines activos a fines pasivos, es decir, cuando una acción está dirigida hacia un objeto exterior o hacia el sujeto mismo. De especial interés es la transformación de contenido, específicamente del amor, que puede devenir odio, indiferencia o pasar de amar a ser amado. El odio es concebido por Freud no como un opuesto del amor, sino como un equivalente, ya que permite que el vínculo persista, pese a la ruptura de un lazo amoroso. El segundo destino de las pulsiones, la orientación hacia la propia persona, está presente en las pulsiones parciales y opera gracias a una inversión de la pulsión hacia el mismo sujeto. La vuelta hacia sí mismo implica entonces una transformación de la libido objetal en libido narcisista. Una vez más, se puede ver que para entender las vicisitudes de las pulsiones, Freud tuvo que darle un lugar privilegiado al ambiente y a los objetos. Al final del texto, Freud habla de otros dos posibles destinos: la sublimación y la represión, aunque los desarrollará a profundidad en textos posteriores. Es lícito concluir que, para crear “la mitología de las pulsiones” en el psicoanálisis, Freud tuvo que complementar su estudio de la pulsión y el conflicto psíquico con el estudio de la elección de objeto.

La teoría freudiana de las pulsiones se amplía sustancialmente, pero antes de poder postular definitivamente su segunda tópica, o punto de vista estructural, Freud se encuentra con el obstáculo de cierta tendencia en los individuos hacia lo displacentero y aversivo. Esto no solo

muestra que el principio de placer no ordena todos los fenómenos del psiquismo, sino que representa un desafío para entender algunos tipos de personalidad en los que esta tendencia se ve más marcada. En *Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica* (1916), Freud se centra especialmente en estos elementos oscuros inherentes a algunos sujetos. Al analizar a los delincuentes por sentimiento de culpabilidad, Freud lanza la hipótesis de que un sentimiento de culpa inconsciente (de procedencia edípica) agobia al sujeto, quien ignorante del origen de este malestar previo, transgrede la ley para darle un sentido más tangible. Freud propone que el sujeto busca cualquier otro crimen más tolerable que el deseo parricida e incestuoso para librarse del malestar. De todos modos, Freud concede que esta explicación del crimen no es absoluta, siendo otras posibles causas las fallas en el desarrollo moral o una lucha declarada contra la sociedad. La primera explicación está limitada a la naturaleza conflictiva de la neurosis, mientras que la intuición de las fallas en el desarrollo apunta a otro tipo de organización psíquica; aquí el mismo Freud señala tenuemente un posible camino para caracterizar a Medea.

Bajo la pregunta por el displacer, Freud llega a una de sus obras magnas, el *Más allá del principio de placer* (1920), donde intenta resolver la inquietud planteando una pulsión de muerte. Una de las primeras cuestiones que indaga es acerca del carácter innato o adquirido de lo tanático. Pero para los fines de este trabajo, no se retoma la discusión sobre el carácter primario de la pulsión de muerte, sino algunas reflexiones sobre el operar del Tánatos y lo displacentero⁴. Freud (1920) se cuestiona si la tendencia displacentera hace parte del Yo o más bien es una fuerza de tipo inconsciente ajena al Yo. Aquí se refina la concepción de que el psiquismo del sujeto no es unitario, sino que puede estar conformado por diversas instancias antagónicas que entran en conflicto las unas con las otras; se dan los primeros indicios de la segunda tópica.

⁴ Algunos autores en psicoanálisis rechazan la existencia de la pulsión de muerte: por ejemplo, Fromm y la tendencia culturalista o la escuela del *Self*.

Tras ver que ni la biología, ni las teorías pulsionales previas, ni las relaciones objetales logran dilucidar la naturaleza de lo tanático, Freud (1920) ha de reformular lo que había postulado sobre la pulsión sexual. El Eros, o pulsión de vida, habría de excitar al sujeto (así esto implique displacer) en una serie de rodeos que posterguen el inevitable fin de todo organismo: la muerte. Freud (1920) señala que “[...] la misteriosa e inexplicable tendencia del organismo a afirmarse en contra del mundo entero desaparece, y solo queda el hecho de que el organismo no quiere morir sino a su manera” (p.2526).

Ante la paradoja de cómo el Eros puede ser a la vez regresivo y causante de tensión, carga y perentoriedad, Freud (1920) recurre al mito del Banquete de Platón, formulando que el Eros quiere regresar a un estado anterior (seres completos, no carentes y por tanto no deseantes), pero para lograrlo, debe buscar activamente la catexis y las excitaciones en diversos objetos hasta encontrar esa “otra mitad”. Entender mejor la pulsión de vida es fundamental para comprender las tendencias destructivas en el sujeto. Es útil recordar lo que afirma Freud (1930) al respecto unos años más adelante en *El malestar en la cultura*:

De modo que además del Eros habría un instinto de muerte; los fenómenos vitales podrían ser explicados por la interacción y el antagonismo de ambos [...] podíase deducir que ambas clases de instintos raramente – o quizá nunca – aparecen en mutuo aislamiento, sino que se amalgaman entre sí, en proporciones distintas y muy variables, tornándose de tal modo irreconocibles para nosotros (pp. 3050-3051).

Si bien Freud reconoce el carácter especulativo de gran parte de esta elaboración conceptual, introducir el concepto de pulsión de muerte marca un antes y un después en el psicoanálisis. Y, al igual que el estudio del Eros, para comprender mejor el operar del Tánatos, es

indispensable ver cómo se relaciona el Yo con los objetos y cómo al interior del Yo se ordenan las diversas instancias que lo componen. Freud (1920; 1930) no considera útil el estudio de las pulsiones desde una óptica metafísica, sino siempre en relación con el sujeto y sus interacciones con el ambiente. Al construir una fenomenología de lo inconsciente, Freud logra estudiar el actuar de las pulsiones sobre el sujeto, su sufrimiento, su goce y sus relaciones con el mundo exterior. En últimas, solo es posible conocer de lo inconsciente gracias a sus efectos, sus objetos y sus vicisitudes.

En *El problema económico del masoquismo* (1924a), Freud retoma estas consideraciones del Tánatos vistas a la luz de lo objetal. Freud opta por el estudio del masoquismo para esclarecer la condición originaria de la pulsión de muerte, que puede adoptar diferentes cualidades según su dirección contra un objeto externo o contra el mismo sujeto. En todo caso, identifica al Eros con el principio de placer y al Tánatos con el principio de nirvana (un estado libre de tensión y por ende de deseo) En este texto, Freud muestra que los destinos del Tánatos, es decir, ser exteriorizado y después re-incorporado, no solo permiten entender el sadomasoquismo, sino también la instauración del Superyó. Ya se puede hablar propiamente de una teoría estructural de la personalidad en el *corpus* freudiano. Así, haciendo hincapié en la dinámica conflictiva entre las estructuras del psiquismo, se diferencia el sadismo del masoquismo: el primero se corresponde con el deseo del Superyó de castigar, mientras que el segundo se corresponde con el deseo del Yo de ser castigado.

En la segunda tópica, Freud (1923) reconoce un aparato psíquico mucho más complejo y una personalidad que puede estructurarse y operar de formas muy distintas. Desde el texto *El Yo y Ello*, con la inauguración de la teoría estructural de la personalidad, la clasificación patológico-normal o psicosis-neurosis empieza ampliarse. Estas son vistas entonces como solo un tipo de

configuración del psiquismo, pero no como la totalidad de sus posibilidades. Esta teoría estructural también es explicada en *Nuevas Lecciones Introductorias al Psicoanálisis: Disección de la personalidad psíquica* (1933) y en el *Compendio del psicoanálisis* (1938). Freud propone que el psiquismo se conforma por las regiones del Ello, el Yo y el Superyó. El Ello encarna aquellas pulsiones ingobernables en el aparato anímico, es innato e incognoscible por sí solo. El Yo es el resultado del encuentro entre el Ello y el mundo exterior, recibe estímulos del mundo exterior, se defiende contra estos y representa la razón en la vida anímica; vale resaltar que no todo el Yo es de naturaleza consciente. El Superyó es la última instancia en formarse, siendo la prolongación de los vínculos parentales en la primera infancia. Esta última estructura representa todas las restricciones morales y culturales.

La ardua tarea del Yo consiste en conciliar las demandas múltiples y contradictorias del Ello, el Superyó y el mundo exterior. El Yo puede acoplarse, aliarse o intentar aplacar estas exigencias de diversas formas, dando lugar a diferentes tipos de personalidad. Freud concibe que, para cualquiera que sea la estructura de personalidad, subyace un conflicto de base entre las instancias psíquicas. El aforismo clásico freudiano (1917) “El yo no es dueño y señor en su propia casa” (p.2436) es lo que mejor describe esta situación. La dinámica misma del psiquismo es la de conflicto entre estas estructuras antagónicas con intenciones individuales. Precisamente este conflicto es el motor de las relaciones objetales, la construcción de civilización y cultura, pero también es la causa del sufrimiento y la enfermedad. A la larga, mientras el organismo viva, siempre estará presente la tarea de conciliar este conflicto psíquico.

Al haber formulado su punto de vista estructural, estudiar la elección de objeto y entender mejor el conflicto pulsional, Freud llega a un punto en el que puede comprender más profundamente tanto fenómenos psíquicos como tipos de personalidad. Si bien el mismo Freud

(1915b) habla de cómo la melancolía se debe a que “la sombra del objeto cae sobre el Yo” (p.2095), esto después puede ser entendido como un conflicto entre el Yo y el Superyó. Así mismo, algunas organizaciones de la personalidad como la psicosis o la neurosis son entendidas por Freud (*Neurosis y Psicosis*, 1924b) desde el conflicto estructural. Freud señala que, en la organización psicótica, el Yo está diluido en el Ello en contraposición al mundo exterior. Por el contrario, en la organización neurótica, el Yo forma alianza con el mundo exterior para tener a raya al Ello. Aunque el mundo exterior no sea una estructura psíquica propiamente, juega un papel determinante en la configuración del conflicto psíquico en los sujetos particulares. Desde esta óptica se puede entender que la particularidad de cada individuo está conectada con las relaciones que este tiene con sus objetos (tanto internos como externos). Siguiendo esta lógica, es sugerente preguntarse por el conflicto que subyace a la personalidad de Medea. En otras palabras: cómo se articulan el Ello, el Superyó y el mundo exterior en el Yo de Medea.

Las ideas de Freud no solo sientan las bases para el estudio de la personalidad, sino para futuros desarrollos en el psicoanálisis. Ríos de tinta se han escrito sobre Freud y sus teorías, pero una línea de desarrollo ulterior centrada en las relaciones objetales ofrece ideas y herramientas de vital importancia para los fines de este trabajo. Sin desconocer los desarrollos focalizados en otros aspectos del *corpus* freudiano, a continuación se retomaran algunos autores posteriores que serán de utilidad para caracterizar la estructura de personalidad del personaje de Medea.

Desarrollos Psicoanalíticos Posteriores

Transicionalidad, Vínculo y Mundo Externo

Los primeros adelantos de Freud sobre la relación de objeto dieron paso a las teorías de Klein, los desarrollos de Anna Freud y otros grupos ingleses que se adentraron en la

caracterización y estudio de las relaciones objetales. Se puede definir la teoría de las relaciones objetales en el psicoanálisis como el modelo de comprensión del psiquismo desde la interacción del Yo con los objetos. Este modelo afirma que el Yo solo puede formarse gracias al vínculo con objetos externos, que tras ser investidos de libido, pasan a ser objetos internos en el psiquismo. Esta teoría no es la única línea de desarrollos posteriores a Freud (otros importantes trabajos incluyen a la escuela lacaniana, la escuela del “*Self*”, o desarrollos teóricos como la clínica de “lo negativo”, o las comprensiones intersubjetivistas) pero sí ha gozado de una posición privilegiada en la comunidad académica psicoanalítica desde su nacimiento hasta la actualidad.

Es en este contexto donde aparece Donald Winnicott, quien desarrolló una singular teoría que le da especial énfasis a los primeros años de vida del infante y a la interacción del bebé con el ambiente. Aunque Winnicott no estudia propiamente la figura de Medea, sus teorías y desarrollos son pertinentes para los propósitos de este trabajo, ya que trasciende el punto de vista pulsional y se interesa por la construcción del psiquismo y sus vínculos con el mundo externo. Varios conceptos de Winnicott (1953; 1971) se desprenden de la idea de lo transicional⁵, es decir, “la zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto” (p.28). A continuación se expondrán las implicaciones de este desarrollo y posteriormente, qué fallas o tropiezos en este pueden ser útiles para comprender a Medea.

Para Winnicott, la transicionalidad describe un proceso natural del desarrollo sano. Esta tercera zona de experiencia incluye tanto lo objetivo como lo subjetivo, configura realidad interna y externa sin negar ninguna. Al ampliar la comprensión de la naturaleza humana,

⁵ El autor introduce este concepto en el artículo de 1953 “Objetos y Fenómenos Transicionales”, que después será incluido y expandido en su último texto *Realidad y Juego* de 1971.

Winnicott (1953; 1971) señala al espacio transicional como “una zona que no es objeto de desafío alguno, [...] que exista como lugar de descanso para un individuo dedicado a la perpetua tarea de mantener separadas y a la vez interrelacionadas la realidad interna y la exterior” (p.29). En este espacio se conjugan tanto los “fenómenos” como “objetos transicionales”. Los primeros se entienden como mecanismos que adquiere el bebé para mantener al margen aquello que lo angustia. Los “objetos transicionales” permiten la separación gradual de la madre y la ampliación de intereses culturales, representa a la madre sin serlo y es la primera posesión del bebé.

Sin embargo, los “fenómenos transicionales”, el juego simbólico y la creación de exterioridad son logros del desarrollo psíquico que no se pueden dar por sentado en el proceso de maduración. Winnicott (1971) es insistente en el crucial papel del ambiente como facilitador del desarrollo del niño. Este desarrollo se da en el tránsito gradual de la ilusión a la desilusión, proceso posible gracias a una madre “suficientemente buena” y a la creciente capacidad del niño de relacionarse con los objetos. Para entender mejor estos elementos entretejidos en el desarrollo, se planteará el continuo y la evolución del psiquismo del infante.

Al inicio del desarrollo, Winnicott (1953; 1971) señala que:

En cierto momento teórico, al comienzo del desarrollo de todo individuo, [...] se presenta la madre. Cuando su adaptación a las necesidades del bebé es lo bastante buena, produce en este la *ilusión*⁶ de que existe una realidad exterior que corresponde con su propia capacidad de crear (p.42).

En este punto de fusión casi completa entre el bebé y la madre, el primero siente que crea al pecho y a la madre. La relación de objeto inicia con esta creación, ya que en el bebé, las

⁶ Winnicott (1953) no hace uso del término ilusión en un sentido peyorativo, es más, advierte que la expresión cultural, artística y religiosa, solo es posible gracias a este elemento.

fantasías de omnipotencia le hacen creer que la madre ha de suplir todas sus necesidades. De hecho la madre debe ser capaz de hacerlo antes de introducir gradualmente la frustración y el desplazamiento de la satisfacción de sus deseos. Esta labor de la madre es denominada por Winnicott (1953) como “desilusión”. Se dejarán para más adelante las expresiones patológicas que pueden darse a causa de fallas en este proceso “ilusión-desilusión”.

A la par que se da la desilusión de forma gradual, el bebé pasa de una fase de dependencia absoluta a una de dependencia relativa, y finalmente, en el desarrollo sano, a la independencia. En la dependencia absoluta, la madre debe acoplarse a las necesidades del neonato, quien es incapaz de solventarlas por sí mismo. Posteriormente, en la dependencia relativa, el bebé tiene alguna noción de que la madre es diferente de él. Esto también implica un precario reconocimiento de que depende de ella. La independencia se caracteriza, como veremos más adelante, por el “uso del objeto”.

En esta segunda fase del desarrollo, “el bebé pasa del dominio omnipotente (mágico) al dominio por manipulación” (Winnicott, 1953; 1971, p.38). Esto es posible cuando el objeto puede ser reconocido como no-yo y el sujeto ha logrado cierta dependencia relativa. Aún falta mucho para que el niño logre ubicar al objeto fuera de sí y termine de configurar su exterioridad, pero en este punto es donde juega un papel fundamental el objeto transicional. Al infante no se le debe preguntar si su primera posesión fue creada o encontrada, ya que la relación con el “objeto transicional” debe tener ciertas características para ser exitosa. El pediatra inglés resalta que el objeto es amado y mutilado con excitación, que no debe ser cambiado por los padres, que le permita al niño la separación gradual con estos y lo introduzca en el mundo del juego, la creación artística y otros intereses culturales.

Los “fenómenos” y “objetos transicionales” permiten la delimitación gradual de la ilusión primaria, lo que a su vez, le proporciona al sujeto la capacidad de sacarle provecho a las frustraciones e irse acoplando al principio de realidad. Si todo va bien, el niño se acercará cada vez más al punto culmen del desarrollo de sus relaciones objetales: dotar al objeto de independencia para que el sujeto logre su autonomía. No obstante, el “objeto transicional” no es del todo exterior, para que este pueda convertirse en un objeto “real”, debe ser destruido y a la vez sobrevivir esta destrucción.

Aquí Winnicott (1971) advierte que “la destrucción aparece y se convierte en un aspecto central cuando el objeto es percibido de manera objetiva, tiene autonomía y pertenece a la realidad compartida” (p.151). Además, señala que “ello exige una nueva formulación de la teoría de las raíces de la agresión” (p.155). Esto es crucial: para Winnicott, la agresión⁷ crea exterioridad y por lo tanto al objeto en su alteridad. Tampoco entra en la discusión del carácter primario de la agresión: “no hace falta dar a la innata más de lo que le corresponde en compañía de todo lo que le es innato [...] en cambio, son grandes las variaciones que surgen de las diferencias de experiencias de distintos bebés” (p.154), pero si le da un valor fundamental para el desarrollo en ciertas condiciones. En otro texto se afirma que la agresión excesiva, las fantasías demasiado persecutorias o una inadecuada reacción del medio, perjudican el desarrollo (Winnicott, 1957).

Para que la agresión esté al servicio del desarrollo y el ajuste al principio de realidad, los objetos deben sobrevivir las agresiones. Este punto culmen del desarrollo es la constitución de la

⁷ Si bien Winnicott se distancia del punto de vista freudiano, firmemente convencido del carácter innato del Tánatos, tampoco reniega del rol de la destrucción en la configuración psíquica. El analista británico no explica el elemento agresivo desde el Tánatos. En contraste, otros analistas como los culturalistas o la escuela del *Self*, incluso rechazan la realidad de la pulsión de muerte.

capacidad de uso del objeto. Esto es más difícil que relacionarse con el objeto, ya que supone ubicar al objeto fuera de sí mismo y reconocerlo libre frente a su voluntad, deseos y manipulaciones. Winnicott (1971) muestra que llegados a este punto se deben tener en cuenta las cualidades intrínsecas del objeto y lo ambiental: “es forzoso que el objeto sea real en el sentido de formar parte de una realidad compartida, y no un manojito de proyecciones” (p.148).

Tanto el “objeto transicional” como los vínculos significativos deben ser capaces de sobrevivir las agresiones. Esto quiere decir que el ambiente no tome represalias contra el infante y mostrarle que su ambiente resiste los ataques y le transmite tranquilidad y seguridad. Así, el niño logra integrar los sentimientos ambivalentes y gozar de relaciones objetales profundas. Uno de los espacios privilegiados para la elaboración de la agresión, es el juego simbólico. Al jugar, el niño entra en una dinámica de reciprocidad, confianza y autonomía respecto a sus “verdaderas” relaciones objetales; en otras palabras, al jugar se estructura la personalidad.

Todo lo anterior contribuye a la consolidación de la capacidad del “uso del objeto”⁸. Una vez llegado a este punto, es posible decir que el sujeto ha transitado desde el erotismo oral, el narcisismo primario y las fantasías omnipotentes, hasta la “verdadera” relación de objeto y el ajuste al principio de realidad. Empero, Winnicott (1953, 1957, 1960, 1971) no deja de tener en cuenta que en este desarrollo pueden presentarse fallas y complicaciones. Múltiples expresiones patológicas pueden derivarse de una mala configuración del espacio transicional. A continuación, se enunciarán algunas de las posibles fallas que pueden delinear mejor una comprensión de las relaciones objetales en Medea.

⁸ Es importante hacer la aclaración que Winnicott (1971) no identifica el *uso* del objeto con la explotación, manipulación o instrumentalización de este. Lo que diversos autores (Charles, M. 2001; McCloskey, L. 2001; Lansky, M. 2004; De la Espriella, 2006; De la Cruz, 2008; Friedman, S. 2012; Gadelha, Y. 2016) señalan en Medea como instrumentalización de los hijos, debe ser entendido desde lo que Winnicott llama el dominio de la manipulación.

La principal patología, producto de las complicaciones en la transicionalidad, es lo que Winnicott (1960; 1965) denominó “Falso *Self*”. Este se constituye como una adaptación aparente que le permite al sujeto conciliar las demandas de la realidad externa, aunque el costo de esta medida de defensa, es la renuncia de lo genuino en sí mismo. Un sujeto incapaz de construir espacio transicional de manera sólida y continua, empezará a confundir lo que proviene de él y lo que proviene de las otras personas. El “Falso *Self*” viene a compensar estas dificultades, pero condenando al sujeto a una sensación de vacío y futilidad, relaciones superficiales y la imposibilidad de construir y compartir elementos culturales.

La génesis de este “Falso *Self*” se da por insuficientes momentos de ilusión y cuando el niño no halla en su ambiente una respuesta que valide lo que Winnicott (1960; 1965) llama “gesto espontáneo”. El pediatra hace alusión al sentimiento que se genera en el niño cuando este se siente aceptado y contenido por su madre. Es posible, que frente a la frustración o a las fantasías terroríficas, el niño reaccione de forma agresiva. De ahí la insistencia en que los vínculos significativos sobrevivan la destrucción del niño (Winnicott, 1971). Si esto sucede, el infante podrá ver que usar la destrucción en la fantasía es efectivo para calmarse. Pero si el objeto no sobrevive, es decir, que la agresión también es efectiva en la realidad, el niño no podrá interiorizar la capacidad de autorregularse internamente.

Esto último es lo que sucede en la conducta antisocial, tema que interesó a Winnicott a lo largo de su labor clínica. En su obra *El Niño y el Mundo Externo* (1957), el analista busca establecer ciertas dinámicas de la agresión y las relaciones objetales presentes en la psicopatía, la delincuencia juvenil y la transgresión de la norma. En los niños que no son capaces de integrar

objeto bueno y objeto malo⁹, la agresión podrá tomar dos caminos: dirigirse contra el sujeto para no dañar al objeto bueno, o en caso contrario, desplegarse contra el mundo exterior para destruir al objeto malo. Lo fundamental de la integración es que posibilita al sujeto aceptar su propia agresión, responsabilizarse por ella y reparar al objeto dañado.

Para que la integración sea posible, las fantasías terroríficas no deben ser demasiado abrumadoras y los objetos dañados no deben tomar represalias contra el sujeto. Pero dado el caso en el que el infante no llegue a tal punto, y tampoco adquiera la capacidad de autocontención, este habrá de buscar límites a sus fantasías persecutorias en el mundo exterior. Winnicott (1957), al igual que Freud (1916), advierte que el delincuente busca en el castigo los límites que no es capaz de imponerse a sí mismo. Si el ambiente no logra darle una contención firme y que no solo se presente cuando se transgrede la norma, el sujeto “solo puede tornarse cada vez más inhibido de amar, y en consecuencia más y más deprimido y despersonalizado, y eventualmente incapaz de sentir en absoluto la realidad de las cosas, excepto la realidad de la violencia” (p. 186).

Una vez más, el papel de la madre y el proceso ilusión-desilusión en este desarrollo es crucial. El analista inglés (1957) encuentra que la imposibilidad de integrar el objeto se debe a que el niño sufrió una desilusión abrupta. El bebé tuvo que enfrentarse a todas las demandas del mundo externo antes de estar listo para ello. Es delicado el acople casi perfecto a las necesidades del infante (ilusión) y la introducción gradual de la desilusión. Winnicott (1957) encuentra en una desilusión precoz una de las causas de la conducta antisocial. Pero también advierte que la ilusión no debe prolongarse demasiado, ya que “la adaptación exacta se parece a la magia y el

⁹ Por objeto bueno se entiende la concepción parcial que tiene el niño del pecho materno, un pecho idealizado y siempre dispuesto a satisfacerlo. Objeto malo hace referencia a su contraparte, el pecho que no está disponible cuando el bebé lo desea. El objeto se vuelve total cuando se supera la escisión, es decir, cuando el infante se da cuenta que el mismo pecho que lo gratifica unas veces, también lo frustra en otras.

objeto que se comporta a la perfección no es mucho más que una alucinación” (Winnicott, 1971, p.41).

Winnicott (1960; 1971) muestra que cuando la falla se da en los fenómenos transicionales, el sujeto es incapaz de construir símbolos y de elaborar psíquicamente su malestar. Si los fenómenos transicionales son la puerta de la experiencia cultural, una falla en estos hace que el sujeto no pueda usar representaciones para regular sus ansiedades y tensiones internas. Al no lograr tramitar con símbolos aquello que lo agobia, el sujeto pasa a la acción destructiva para aliviar la tensión. Aquel niño que no goza de este espacio transicional, está imposibilitado a jugar, al crecimiento psíquico y a resolver en la fantasía sus malestares. Este sujeto solo podrá encontrar cierto alivio en la acción destructiva en el mundo real: siempre condenado a buscar límites en el exterior y a dañar una y otra vez al objeto malo.

Pero también es posible que las complicaciones se encuentren en el objeto transicional. Winnicott (1953; 1971) señala que la función natural del objeto transicional es la de ser sedante, es decir, ayudar a la regulación de angustias y la creación de fantasía. Pero si la madre es tomada como objeto transicional, se impide esta última función al prolongar la fusión de la diada madre-bebé. También es posible que el objeto transicional funja como consolador cuando hay un apego temeroso a este. De igual modo, Winnicott (1952; 1971) ve dificultades en la separación con la madre si el niño abusa excesivamente de su primera posesión. Lo más problemático se da cuando el objeto transicional opera como protector, ya que denota ansiedades demasiado persecutorias en el sujeto. El analista británico señala que en este último escenario puede existir una psicopatía latente.

Esta tercera zona de la experiencia es de suma importancia para el desarrollo, pero no por ello deja de ser frágil y susceptible a distintas fallas. ¿Acaso no podemos ver la sensación de vacío que caracteriza al “Falso *Self*” en la incapacidad de Medea para gozar la maternidad? ¿Quizá Medea vive la traición de Jasón del mismo modo que el bebé resiente no tener una madre confiable? ¿El trato ambivalente que le da Medea a Jasón y a sus hijos no se asemeja con el niño que maltrata y ama despiadadamente a su objeto transicional? ¿No podemos encontrar semejanza entre el exilio impuesto a Medea y la desilusión abrupta? ¿No es plausible pensar que Medea falló en la transicionalidad, quedó condenada a cierto narcisismo primario y se ve impedida para gozar las “verdaderas” relaciones objetales?

Retomando lo estructural: Kernberg y la Organización Límite

Dentro de los avances psicoanalíticos posteriores a Freud, hemos estudiado la teoría de las relaciones objetales planteada por Winnicott, en los trabajos de Otto Kernberg encontramos un complemento de este modelo que retoma la dinámica estructural planteada por Freud. El autor es pertinente a este trabajo por su complejo abordaje de organizaciones psíquicas diferentes a las neuróticas o psicóticas. Otto Kernberg siempre ha mantenido una actitud de diálogo con otros autores y modelos dentro del psicoanálisis y aunque es criticado por su abordaje clínico más psiquiátrico que psicoanalítico, la vasta e indiscutible experiencia con pacientes psicopáticos, perversos, con trastornos narcisistas o antisociales, le ha permitido desarrollar valiosas ideas sobre el funcionamiento psíquico en estas estructuras de personalidad. Al volver al punto de vista estructural, logra explicaciones sugerentes de diversos fenómenos psíquicos y de cómo estos van constituyendo la personalidad del sujeto. Si bien el psicoanalista chileno no muestra gran interés por lo mitológico, su comprensión de lo que denominó Organizaciones Límite de la Personalidad (OLP), es una gran utilidad para caracterizar a Medea.

La personalidad es definida por Kernberg (2004) como "la suma del temperamento, el carácter, el Superyó y la capacidad cognitiva" (p.6). El temperamento sería el correlato emocional de orden biológico, a diferencia del carácter que se moldea según las relaciones interpersonales del sujeto. En términos más psicoanalíticos, el temperamento alude al conflicto pulsional en el sujeto, mientras que el carácter se ve influenciado por las relaciones objetales. El Superyó no sería, como en la visión clásica freudiana, una estructura fija que se instaura como resultado del Edipo, sino una estructura con diferentes etapas de desarrollo que, junto con la capacidad cognitiva, son determinantes en la funcionalidad del sujeto. Lo que entiende Kernberg por capacidad cognitiva dista bastante de lo que encontramos en otros autores psicoanalíticos quienes la circunscriben a la creación de símbolos y pensamiento. Entiende la capacidad cognitiva, en un sentido más amplio, como el procesamiento intelectual de la información y la habilidad de resolución de problemas.

Valga aclarar que, en tanto Kernberg (2004) siempre desempeñó su labor clínica en hospitales psiquiátricos, sus conceptos y términos están enmarcados dentro de los manuales diagnósticos. De este modo, la funcionalidad del sujeto es un criterio importante para el autor: en vez de considerar los síntomas en sí mismos, evalúa el nivel de afectación de estos en la vida de los sujetos. Así mismo, en términos de la patología, Kernberg opta por las nominaciones actuales de los manuales. Por ejemplo, se adhiere al nombre de "Trastorno Antisocial" en vez de "psicopatía", aunque se refiera a procesos psíquicos análogos a lo que otros psicoanalistas han trabajado bajo esta categoría.

De todos modos, Kernberg (2004) propone su propia clasificación psicoanalítica de la personalidad y sus trastornos a partir de la teoría estructural o segunda tóptica freudiana. El

psiquiatra-psicoanalista construye un modelo dimensional¹⁰ que concibe las estructuras como móviles, dinámicas y de múltiples expresiones. Esto marca una diferencia con los modelos categoriales y otras comprensiones estructurales que tienden a entender la personalidad como algo rígido y con expresiones unívocas. Pero lo más novedoso y relevante del modelo que propone Kernberg, es la incorporación de un tercer tipo de organización, ubicado entre la organización psicótica de la personalidad (OPP) y la organización neurótica de la personalidad (ONP).

Al introducir la noción de “organización”, Kernberg (2004) busca ir más allá de las teorías de Freud sobre las estructuras psíquicas o las organizaciones genitales infantiles. Se complementa el estudio de las estructuras psíquicas con las relaciones objetales que permiten su desarrollo. Así, la organización de la personalidad se fundamenta sobre tres pilares: las pulsiones, las estructuras psíquicas y las relaciones de objeto (Kernberg, 1984). Al trabajar tanto en la descripción de los signos (psiquiatría) como en la comprensión del síntoma (psicoanálisis), Kernberg encuentra en la clínica un área denominada “Límite”, en la que residen los más graves trastornos de personalidad.

En esta tercera estructura, llamada Organización Límite de la Personalidad (OLP), Kernberg (2004) encuentra dos sub-áreas: “Superior” e “Inferior”, en virtud del “desarrollo del Superyó, la intensidad de la agresión y la funcionalidad del sujeto” (p.15). Kernberg introduce la Organización Límite de la Personalidad por el descubrimiento de configuraciones psíquicas que no son psicóticas ni neuróticas propiamente; además, propone ciertas características inherentes a

¹⁰ Los modelos dimensionales tienden a pensar en los conceptos y fenómenos psíquicos relacionados como un continuo, cíclico y con diferentes grados de expresión. Su contraparte, los modelos categoriales piensan en los fenómenos psíquicos como excluyentes mutuamente, sin variaciones cuantitativas ni cualitativas al interior de susodicho concepto, por lo que son expresiones rígidas y unívocas de cada fenómeno.

esta tercera estructura de personalidad. El sello distintivo de los trastornos en esta Organización Límite es la agresividad patológica. El funcionamiento psíquico de los sujetos con Organización Límite se articula desde la agresión de diversos modos, pero siempre teniendo como factor común, un deterioro en la calidad de las relaciones objetales.

Dentro de estas características particulares de la Organización Límite de la Personalidad, Kernberg (2004) encuentra cierta patología del Superyó, ausencia de sublimación, impulsividad, intolerancia a la ansiedad o depresión y cierta difusión de la identidad. Esta última se refiere al estado en que las representaciones mentales del Yo (autoconcepto) se encuentran confundidas con las representaciones mentales de los objetos. En todo caso, admite Kernberg, es mayor la falta de integración psíquica en la OPP, donde se pierde la prueba de realidad. En la OLP, esta prueba de realidad es lo único estable, ya que la difusión de la identidad le impide al sujeto gozar de relaciones objetales profundas, tolerar la frustración o tener capacidad de culpa, de intimidad o de creación.

Mientras que la OPP se basa en un conflicto de orden narcisista, en la cual se pierde la percepción objetiva y se presentan fenómenos tales como los delirios, regresiones a modos de funcionamiento primitivos y una identidad inestable, en contraposición, la ONP se refiere a un funcionamiento mucho más adaptativo, ajustado al principio de realidad y con una identidad y relaciones de objeto estables, este tipo de estructura de personalidad requiere una satisfactoria resolución del complejo de Edipo y de etapas previas en el desarrollo. Al estar en medio, la Organización Límite de la Personalidad puede adoptar rasgos semejantes tanto de la OPP como de la ONP, pero no por ello deja de tener un funcionamiento particular. Concluye que el criterio diferencial entre la Organización Límite de la Personalidad y la ONP es la difusión de la

identidad, mientras que la prueba de realidad es lo diferencial entre la Organización Límite y la Organización Psicótica.

Para entender mejor estos rasgos de la Organización Límite de la Personalidad, Kernberg (2004) retoma el desarrollo del Superyó. Influido por Freud y Klein, logra especificar el desarrollo de esta estructura psíquica en etapas diferenciadas. En un temprano momento en la vida del sujeto, este exterioriza todo lo displacentero de sí mismo. Cuando este Yo primitivo logra reconocer que hay elementos desagradables que son propios y no del mundo exterior, se da el primer atisbo del Superyó. Posteriormente, el Yo empieza a formarse un Ideal a partir de las relaciones con padres, maestros y otras figuras significativas. Esta segunda etapa de desarrollo del Superyó le permite al sujeto no solo la autocrítica, sino la capacidad de admiración y el deseo de mejorar. Finalmente, el Superyó termina de desarrollarse cuando logra ser estable, impersonal, no depender en exceso de las prohibiciones y permitirle al sujeto un balance entre la integridad y la flexibilidad ética en la toma de decisiones.

Para que este desarrollo sea posible, Kernberg (1984; 2004) señala como fundamental la constancia objetal en la vida del sujeto. Su postura se acerca a la de Winnicott, en sus ideas sobre el papel de la constancia de las relaciones en este desarrollo. Si bien no discute a profundidad el rol de la madre, sí reconoce que en el vínculo con esta se crea el patrón de relaciones que redundará en relaciones objetales recíprocas y profundas, o en caso contrario, superficiales y conflictivas. Es sugerente entender las fallas en el desarrollo estudiadas por Winnicott como complemento a las insuficiencias que Kernberg encuentra en la Organización Límite de la Personalidad.

Kernberg, al igual que sus colegas psicoanalistas, no cae en una visión ingenua del desarrollo psíquico. Reconoce que el desarrollo ideal es más bien inusual y que es más fácil encontrar dificultades en algún punto de este. Si a ello se le suma una historia de relaciones objetales inconstantes, además de un sujeto incapaz de manejar adaptativamente su conflicto psíquico, se entraría en el terreno de la OLP. Estas múltiples condiciones pueden tener a su vez diversas expresiones, por lo cual Kernberg (2004) suscribe a este tipo de estructuración fenómenos varios como la hipocondría, la ciclotimia, el sadomasoquismo, el histrionismo, entre otros, pero se concentra especialmente en el “Narcisismo maligno” y el “Trastorno Antisocial”.

Lo que Kernberg (2004) bautiza como “Narcisismo maligno” hace referencia a un trastorno intermedio entre el narcisismo y el Trastorno Antisocial. Kernberg reconoce, al igual que Freud (1914), cierto narcisismo primario de base en el desarrollo. Pero cuando este narcisismo primario impide el desarrollo de las relaciones objetales, es posible afirmar que el sujeto se ha desviado en su desarrollo y ha entrado en terreno patológico. El Yo en este tipo de estructura de personalidad no construye satisfactoriamente un objeto bueno, es decir, el sujeto es incapaz de concebir y reconocer que hay objetos ajenos a él que le reporten gratificación. Esto cierra de entrada la posibilidad de que el objeto bueno sea interiorizado y cumpla su función de mantener cohesionado al Yo. Tampoco logrará contrarrestar la persecución del objeto malo, que sí goza de una mejor delimitación en su psiquismo. Kernberg encuentra aquí una posible explicación a la difusión de la identidad.

Si bien esto es común a todas las expresiones de la Organización Límite de la Personalidad, lo específico del Narcisismo Maligno es el manejo que se le da a esta situación. Así, el sujeto necesita encontrar algún elemento externo que le permita disminuir la ansiedad y sentir que controla tanto la realidad externa como su propio mundo interno. El Narcisista

maligno procura relacionarse con sus objetos desde la admiración, las órdenes o los retos, puesto que, al dominar la agresión en la relación, el sujeto es capaz de dominar su propia agresión.

Gracias a esto el sujeto puede mantener la prueba de realidad, aunque el vínculo con esta siempre esté mediado por lo destructivo. El Narcisismo maligno, anota Kernberg, surge debido a ciertas vicisitudes en el desarrollo, en las que convergen el narcisismo secundario y la agresión patológica.

El mecanismo básico de funcionamiento es semejante en el Trastorno Antisocial, pero este reviste una mayor gravedad, ya que al ser incapaz de sentir admiración alguna por otro, al sujeto se le torna imposible gozar de relaciones objetales placenteras. Kernberg (2004) señala que la estructuración antisocial manifiesta signos tempranos en los niños, por ejemplo, el placer en la agresión a seres vivos y la incapacidad de amistad. Dado que en el Narcisismo maligno existe cierta relación de admiración o lealtad con el objeto, esto puede permitir que el Superyó avance hacia la segunda etapa de desarrollo, en la cual el sujeto busca acercarse a su Ideal. Pero, el pronóstico es mucho más sombrío para el Trastorno Antisocial, ya que ni siquiera se ha logrado completar satisfactoriamente la primera etapa del desarrollo del Superyó. El Yo del sujeto antisocial es apenas capaz de reconocer fallas en sí mismo, mucho menos de lograr sentir culpa o poder reparar al objeto dañado. Finalmente, el manejo que le da a lo displacentero propio es excesivamente agresivo y muestra un deseo destrucción hacia el mundo externo.

Es sugerente ver que Kernberg (1987; 2004) alude a conductas antisociales y agresiones contra el mundo externo de un modo que se complementa con el de Winnicott (1957; 1971). Quizá Kernberg encuentra en sus pacientes adultos expresiones patológicas que Winnicott había identificado en los niños y sus fallas previas del desarrollo. Cuando hay dificultades en el desarrollo psíquico, cuando no hay un ambiente facilitador, es probable que las dificultades

infantiles empeoren progresivamente hasta llegar a una estructura patológica en la adultez. Es plausible considerar que Winnicott encontraba los primeros atisbos de Medea en sus pacientes, mientras que Kernberg enfrenta cara a cara, en sus pacientes adultos, a sujetos que encarnan a lo abyecto de la princesa de Cólquide.

Con los elementos teóricos reconstruidos a partir de Freud, Winnicott y Kernberg, pasamos a continuación a la interpretación de Medea como estructura de personalidad particular. Los conceptos retomados en este apartado son valiosos por su utilidad para entender, desde múltiples ángulos, la configuración psíquica de una estructura de personalidad. Además, también marca una aproximación distinta a la usual en los trabajos psicoanalíticos del personaje de Medea. Ya veíamos en el estado del arte que priman las interpretaciones kleinianas y feministas, por lo que resulta novedoso pensar a Medea desde la óptica estructural (Freud, 1923), la transicionalidad (Winnicott, 1953) y la “Organización límite de la personalidad” (Kernberg, 2004). En el próximo apartado se realizará dicho análisis de la princesa, además de una discusión sobre los rasgos generalizables de esta estructura particular.

Discusión y conclusiones

Después de haber reconstruido una panorámica de los planteamientos de los autores que interpretan a Medea y sus posturas teóricas (estado del arte), es posible encontrar los aciertos y desaciertos de la investigación actual sobre el personaje. A partir del recorrido por algunas teorías psicoanalíticas, hemos encontrado conceptos útiles para llenar este vacío y ofrecer una comprensión más profunda del personaje. Amparados en Freud, exploramos las dinámicas objetales y estructurales en la construcción de la personalidad. Remitiéndonos a Winnicott y a Kernberg, pudimos delinear algunos fenómenos psíquicos como herramientas para el estudio de Medea como estructura particular. A continuación, ofrecemos una discusión que buscará complementar las ideas de los autores mencionados en el estado del arte con estas construcciones teóricas sobre el “narcisismo”, la “transicionalidad” y la “Organización Límite de la Personalidad”.

En la investigación fuimos encontrando una serie de pistas y conceptos útiles para responder al objetivo de caracterizar la estructura de personalidad que reside detrás de Medea. Además de las nociones de “transicionalidad” y “Organización Límite de la Personalidad”, usaremos otros conceptos como: la regresión narcisista, la manipulación, la agresión, la culpa y la prueba de realidad. Al complementar lo anterior con la premisa de que cada estructura de personalidad se sustenta en un tipo de conflicto psíquico (Freud, 1924b), podremos analizar con más detalle a la princesa. El estudio de cada instancia psíquica y de las relaciones objetales nos ayudará a comprender por qué la venganza es el núcleo trágico de la obra, en tanto es el único modo en que Medea puede afirmarse a sí misma.

Se pretende ir más allá de la interpretación del personaje y encontrar vestigios de algo más generalizable. Es importante, empero, señalar que Medea no es generalizable como un paso obligado del desarrollo (Narciso o Edipo), sino en términos de un desafortunado final que conjuga una estructura frágil y desventuradas circunstancias. Siendo así, nos atrevemos a arrojar nuestra primera hipótesis para entender tanto lo particular de Medea como sus elementos más universales: la venganza se constituye como único modo de supervivencia psíquica gracias a que en Medea convergen un Yo frágil, un Superyó arcaico y significativas fallas en la transicionalidad. A continuación, desarrollaremos punto por punto esta hipótesis, para entender mejor cómo, frente a la ausencia de integración yoica y objetal, Medea tiene que recurrir a la destrucción para afirmarse a sí misma.

La tragedia como consecuencia de una estructura psíquica frágil

Para caracterizar a Medea como estructura de personalidad, es útil diseccionar cada una de sus instancias psíquicas. Sin embargo, lo interesante es la comprensión del dinamismo entre ellas y el conflicto psíquico que sustenta el desenlace trágico de la obra. Siendo así, al encontrar patrones, nexos o elementos de base en el funcionamiento general de la princesa, le estamos apuntando a entender cómo opera la psique en esta estructura de personalidad. Para ilustrar esta dinámica psíquica, nos valdremos de pasajes del drama.

Hemos señalado lo vindicativo como única posibilidad para la supervivencia psíquica de Medea, pero para entender cómo se llegó a este punto y por qué su estructura psíquica es tan frágil, no debemos olvidar el recorrido de la princesa hasta el clímax de la obra. A lo largo de sus aventuras con Jasón, Medea solo ha encontrado en el intenso vínculo amoroso su forma de existencia. Es por eso que antes de llegar a Corinto, ha hecho cuanto ha podido para mantener

vivo el vínculo. Con viles actos como la traición al padre o el fratricidio, Medea ha complacido radicalmente a Jasón¹¹, pero este modo de funcionamiento de la princesa fracasa cuando se dan las segundas nupcias del argonauta y se rompe el vínculo que sustenta existir. En este punto de quiebre – el inicio propiamente de la obra – se nos ofrece un vaticinio de los acontecimientos trágicos próximos cuando la nodriza dice: “Ojalá, Medea, mi señora no habitaría este país de Corinto con su marido y sus hijos, [...] donde llegó fugitiva complaciendo sin medida a Jasón” (p.3).

Posteriormente, la misma nodriza complementa: “Odia a sus hijos y no goza con su vista. Temo que medite alguna nueva trama: tremendo es su carácter y no soporta ultrajes” (p.4). De aquí podemos afirmar, que en Medea hay elementos constitutivos que permiten el desarrollo trágico de la situación ante contingencias adversas del destino. El mismo carácter en extremo complaciente ahora resiente el abandono, la humillación e incluso el contacto con sus propios hijos (Freud, 1914, 1916; Lansky, 2004). Además, en el parlamento de la nodriza se nos ofrece una intuición sobre el Yo de Medea, poco receptivo a la crítica o carente de recursos frente al ultraje. Como veremos más adelante, esto está relacionado con un desarrollo precario del Superyó y la regresión narcisista como el principal mecanismo del Yo frente a la amenaza de desestructuración psíquica.

La misma Medea exclama: “¡Oh, padre, oh ciudad que abandoné después de haber dado horrible muerte a mi hermano!” (p.7), cuando hace una retrospectiva de cómo llegó a esta situación sin remedio. Cabe preguntarse cómo no puede elaborar el duelo suscitado por la

¹¹ Esto resuena con las ideas de Cassanova (2006) sobre la radicalidad del deseo en Medea: en un principio, toda su energía psíquica estaba destinada a satisfacer a Jasón (el Otro), pero como veremos más adelante, Medea habrá de romper el lazo social (destruir al Otro) con la misma radicalidad con la que antes era complaciente.

traición de Jasón, ni tampoco caer en la ruptura absoluta de su estructura psíquica (psicosis). Medea solo puede enfrentar esta desgracia con la misma precariedad de recursos con que siempre ha operado: valerse de la traición, la manipulación y el asesinato para poder persistir en un vínculo amoroso que le permita existir. Siendo así, la resolución del drama, la venganza filicida, no es del todo impredecible.

Es importante contrastar los sentimientos de Medea al inicio de la obra con los del final, para comprender el funcionamiento de su estructura de personalidad. Recién consumado el matrimonio infame, Medea exclama con melancolía:

A mí este inesperado suceso que me ha sobrevenido me ha desgarrado el alma. He perdido el atractivo de la vida y solo anhelo la muerte. Mi esposo, en quien tenía puesta toda mi dicha, se ha vuelto el más indigno de los hombres (p.9).

Esta notable pesadumbre no solo es causada por el evento desencadenante, sino por los rasgos particulares de la princesa, quien resiente la separación pero no logra entrar en una posición depresiva (Klein, 1987) ni tolerar la angustia producida por el abandono. Para volver más tolerable la situación, Medea realiza una inversión: deja de anhelar su muerte para empezar a planear la de sus enemigos (Brown, 2006; Cassanova, 2006; De la Cruz, 2008; Lansky, 2004).

Freud (1923) ya afirmaba que, en el conflicto psíquico, el Yo está contrariado con el mundo exterior y debe conciliar las demandas del Ello y el Superyó. Pero en Medea, dada su fragilidad estructural, vale la pena detenerse en esta contraposición del Yo con el mundo exterior. La princesa conserva su prueba de realidad (Kernberg, 2004), por lo que podemos afirmar que está en contacto con los objetos y el mundo externo, pero esta relación está atravesada por la destrucción. Su reacción frente al abandono es radical: si la aniquilación

psíquica no cae sobre sí misma, deberá dirigirse contra aquellos que han truncado el curso de su deseo y de su posibilidad de existencia.

El Yo se desgarra por el conflicto psíquico de un Ello que no admite negociación y el mundo exterior que solo ofrece malestar¹² y no le deja salida. Esta tensión del conflicto psíquico (Brown, 2006; Freud, 1920), demanda una descarga particular de la energía acumulada. Es por eso que la personalidad de Medea, su función yoica y su vínculo con la realidad solo podrán preservarse con el acto vindicativo una vez que el vínculo amoroso se ha roto. Cuando la princesa se encuentra con Jasón y le espeta: “Ultrajar a los amigos y mirarlos de frente no es firmeza ni valor [...] Maldiciéndote aliviaré mi alma y a ti te dolerá el oírme” (p. 16), podemos ver que la destrucción del vínculo y el objeto es el único medio de descarga de este conflicto psíquico (Freud, 1915a).

Es importante señalar que Medea no se arrepiente de asesinar a sus hijos, de traicionar a su padre, ni de todos los complots que urdió para obtener el amor de Jasón: lo que la agobia tan gravemente es haber perdido el amor de este (Charles, 2001; McCloskey, 2001). Seguramente, si hubiera contado con un Yo más robusto y tolerante a la frustración y la separación, Medea hubiera encontrado otra forma de elaborar el duelo de la ruptura con Jasón, distinta a la fantasía de omnipotencia. Pero es en virtud de la fragilidad estructural que este abandono representa tan magna amenaza.

Medea no encuentra una mejor salida a su predicamento, ya sea mediante la simbolización (Winnicott, 1971) o la sublimación de la energía pulsional (Freud, 1915a).

Podríamos decir que el Ello no ha cedido suficiente espacio para el desarrollo del Yo, y que el

¹² Como veremos más adelante, estas condiciones no permitieron que el Yo se desarrollara adecuadamente a partir de la integración objetal y el aplazamiento de deseos. De esto se desprende que el Superyó también ha quedado estructurado con déficits significativos.

contacto con el exterior no le favorece, sino que le resulta absolutamente displacentero. Cuando el exterior solo representa amenaza y no gratificación, y el Yo no cuenta con mecanismos elaborados, la única salida posible para Medea es la regresión narcisista (Lansky; 2004). Si ya no hay un vínculo amoroso que sustente su existencia, Medea tendrá que recuperar la energía libidinal y volverla hacia sí misma, para no sentir que su Yo pierde valía. Así, en esta regresión narcisista, Medea intenta fallidamente romper el vínculo afectivo con Jasón para poder humillarlo, vengarse de sus agravios, y recuperar su dignidad.

Es por esta razón que la elección del filicidio como medio para su revancha no es arbitraria. No solo esto lastima en lo más profundo a Jasón, sino que destruye los representantes materiales de la unión entre la princesa de Cólquide y el argonauta. Podemos ver que la regresión narcisista no le basta para separarse, ya que Medea es reticente a partir humillada, aunque el rey Egeo le ofrece posada en Atenas como alternativa a su situación en Corinto. La cuestión que plantea Lansky (2004) es quizá la más reveladora en este aspecto: Medea no puede simplemente asumir el exilio y partir hacia Atenas sin más; sigue profundamente vinculada a Jasón y no puede desprenderse tan fácilmente. Resuenan las palabras de Freud (1915a) cuando enuncia que el odio no es el contrario del amor, sino un complemento a este en la labor de darle continuidad al vínculo.

Ante la amenaza de la muerte psíquica, ante el intolerable escarnio, ante la imposibilidad de separarse del hombre que la amó y traicionó, Medea no encuentra otra salida distinta a la venganza filicida. Para decirlo en términos más tajantes: la venganza es un movimiento erótico en tanto le permite a Medea afirmarse a sí misma, pese a las múltiples atrocidades que cometerá contra aquellos que ama y contra ella misma para lograrlo. Al final de la obra vemos a una Medea omnipotente que exclama que no tenía otra alternativa:

No era posible que después de ultrajar mi lecho para hacerme vivir una vida de escarnio, ni tu ni la princesa pasaseis agradablemente la vida riéndoos de mi [...] como lo merecías te he herido en el corazón, devolviéndote golpe por golpe (p.42).

Es importante reflexionar sobre las consecuencias de estas acciones sobre la misma Medea. Ya hemos enunciado que su estructura de personalidad es frágil, que sus actos son radicales, pero ahora preguntémonos ¿A qué costo Medea ha logrado cometer su venganza y sobrevivir psíquicamente? No solo la princesa ha destruido sus vínculos más significativos, también ha minado radicalmente su capacidad de amar y construir nuevos vínculos (Lansky, 2004). Es cierto que Medea logra salir impune de sus crímenes, pero esto no la hará feliz de ningún modo. Tarde o temprano esa angustia primitiva volverá a presentarse cuando no haya otro vínculo que le permita a Medea sentirse viva. Así, la princesa de Cólquide queda condenada a seguir engañando, deliberando y destruyendo cualquier objeto exterior para aliviarse e intentar subsistir (Bieda, 2006; Kernberg, 1987, 2004). Sus instancias psíquicas son tan frágiles que nunca tendrá una alternativa para manejar la sombra del abandono y del Tánatos (Brown, 2006) sin tener que aniquilar sus relaciones objetales. Llegará un punto en que no habrá más exterior al cual destruir (Winnicott, 1957), llegará un punto en que el Yo de la princesa sucumbirá ante la muerte.

El núcleo problemático de su psiquismo, es decir, la tendencia vindicativa, la ira ante el daño causado y el placer por el sufrimiento del otro, es universal. Medea hizo lo mejor que pudo para sobrevivir psíquicamente con sus precarios recursos (actuando en vez de verbalizar o simbolizar), pero no es la única que puede verse en semejante situación. Por momentos, todos nos valemos constantemente de la agresión, resentimos intensamente el abandono y buscamos nuestro bienestar a toda costa. Ante diferentes circunstancias, azarasas o no, lo que determina

nuestro actuar es la mayor o menor solidez de las estructuras psíquicas. Pero lo que hace a Medea diferente, y nos salva al resto de la humanidad de terminar actuando vengativamente, es la incapacidad de perdonar al objeto que la ha herido, de asumir las propias culpas, reparar sus agravios y tramitar simbólicamente el duelo que supone la traición y el abandono para construir una vida futura.

Falta de integración, mecanismos primitivos y un Superyó arcaico

Además de la fragilidad del Yo, podemos ver en Medea un Superyó arcaico y poco desarrollado (Freud, 1923, 1924a; Kernberg, 2004). El Yo de la princesa no logra incorporar la conciencia moral y suele atribuir las desgracias que le acontecen a un objeto malo y externalizado; este es un manejo primitivo de lo displacentero y persecutorio (Klein, 1928). Como veremos más adelante, Medea no logra desarrollar un Superyó integrado ni una adecuada integración objetal.

El Superyó, que es más que solo el heredero del complejo de Edipo (Kernberg, 2004; Klein, 1928), no puede desarrollarse si no se integran los objetos parciales buenos y malos para lograr una diferencia y otorgarle independencia al objeto respecto al Yo. Es importante señalar que el Superyó no solo tiene la función de realizarle reproches al sujeto o inhibirle la satisfacción de sus deseos, sino incluso poder asumir las responsabilidades por los actos cometidos y reparar al objeto dañado (Kernberg, 1984; Klein, 1946). Si miramos en detalle el modo en que Medea concibe sus objetos, podremos evidenciar la profunda escisión entre objeto bueno y objeto malo. La princesa no tolera el mínimo de ambivalencia requerido para integrar ambos y potenciar tanto su Yo como su Superyó.

La princesa exclama: “¡Oh hijos malditos de una madre funesta, pereced con vuestro padre, y que sucumba todo su linaje!” (p.6). Esta enunciación hace evidente la falta de integración yoica y objetal. O, en otros términos, la difusión de la identidad (Kernberg, 2004), fenómeno que describe la confusión entre los límites de los objetos entre sí y el mismo sujeto. La princesa no logra diferenciar la rabia contra Jasón, la ira que le evocan sus hijos y lo displacentero en sí misma. Lo más cercano a los reproches en Medea, son los lamentos por haber sacrificado tanto por Jasón, para luego ser traicionada por él. Pero, como su auto-representación se difumina con la representación de Jasón y los hijos, no es clara la responsabilidad de cada quien en la tragedia. Para intentar deshacerse de la confusión, Medea proyecta la culpa y la ansiedad que esta genera sobre sus objetos más amados (Winnicott, 1957).

La escuela de las relaciones objetales (Klein, Winnicott, Kernberg, entre otros) señala como requisito fundamental para el desarrollo sano la integración objetal y la constancia de la figura cuidadora en las etapas más tempranas del sujeto. Hemos visto que Medea no puede concebir al objeto como una entidad aparte ni diferenciada de sí misma, y tampoco logra conciliar las gratificaciones o frustraciones que provienen de él. Ya que no hay referencias a la madre, no sería atrevido suponer que, al inicio de su historia, haya faltado un buen cuidador (Kernberg, 2004; Winnicott, 1971). La consecuencia de estas graves carencias en el desarrollo temprano, son tanto la difusión de la identidad¹³ como la patología del Superyó. Ni Medea puede existir independientemente de Jasón, ni podrá sentir arrepentimiento por los daños efecto de su venganza.

¹³ La difusión de la identidad, si bien relacionada con el desarrollo del Superyó, se refiere a una dinámica objetal. Las ideas de Kernberg se asemejan en cierto grado a las de Winnicott en este aspecto, por lo que se retomará la dependencia de Medea con sus relaciones significativas en el próximo apartado.

En Medea, el Superyó no opera del mismo modo que en la neurosis, ya que no desempeña esa labor de consciencia moral ni de vigilancia de las normas culturales (Freud, 1923). Esta instancia psíquica no logra atravesar dos puntos críticos previos en el desarrollo: la integración objetal y la capacidad de autocrítica. Tampoco podemos ver claramente en Medea gran admiración por alguien diferente a ella, es decir, la formación de un Ideal del Yo que corresponda con la segunda etapa de desarrollo del Superyó (Kernberg, 2004). Más bien, parece ser que su Superyó es arcaico y solo le genera angustias persecutorias (Klein, 1928). La princesa solo puede darle manejo a este malestar con una proyección masiva, pero esto hace que se distorsionen sus relaciones con el exterior: si lo ajeno solo es causa de dolor, entonces el objeto bueno nunca será introyectado ni suficiente para permitir un desarrollo sano.

Esta comprensión adversa del mundo exterior tiene su representación máxima en el exilio que se le impone a Medea, quien no ha terminado de elaborar el duelo ni la humillación causada por el abandono de Jasón. De cierta forma, cuando Creonte se acerca para ordenarle que se marche de Corinto, se le termina de confirmar a Medea que el exterior solo le ofrecerá desgracias. Curiosamente, tras este encuentro, es que Medea hace la inversión discutida en el apartado anterior: deja de anhelar la muerte y empieza a maquinarse la de sus enemigos. El Yo acude a mecanismos primitivos como la proyección de la culpa para lograr mantenerse cohesionado, pero esto supone un gran obstáculo en el desarrollo del Superyó y la capacidad de sentir algo más que solo la violencia de la realidad (Winnicott, 1957).

La humillación y el exilio son intolerables al punto de cerrar la puerta a cualquier tipo de cooperación o alternativa a la venganza (Gadelha, 2016; Lansky, 2004). En una escena posterior, vemos que Medea no recibe los auxilios de Jasón e incluso se muestra suspicaz con Egeo, su benefactor, ya que le exige un juramento que sustente la protección ofrecida: “Confío; pero la

casa de Pelias y también la de Creonte me son hostiles. Ligado por un juramento, tu no me entregarás a ellos cuando quieran arrancarme de tu tierra” (p.24). Medea fracasa en la tarea de delimitar e introyectar un objeto bueno por la atroz pérdida de confianza en el exterior (Klein, 1928; Winnicott, 1957). Ya que la princesa es incapaz de confiar verdaderamente en Egeo, es incapaz de encontrar otras alternativas más adaptativas o elaboradas. De ahí en adelante, se imposibilita el sentir arrepentimiento y el reparar a los objetos dañados – entre otras, porque Medea destruye al objeto radicalmente, más allá de cualquier reparación posible.

Empero, hay un fugaz punto en el que Medea duda de sus planes. Esta duda no alcanza a consolidarse en un remordimiento que inhiba su vil asesinato, pero muestra que el Superyó intenta frenar los actos del Yo. Sin embargo, la princesa apenas logra satisfacer la sed de venganza y no tiene otro modo de relacionarse con el exterior diferente a la destrucción. El Yo de Medea se desestructuraría ante la sombra de un Superyó plenamente desarrollado que le hiciese reproches. El frágil equilibrio psíquico no admite el sentir arrepentimiento, ya que implicaría más presión de la que Medea lograría sortear.

El siguiente pasaje de la obra, omitido en el análisis de muchos autores, es el más claro en reflejar las fallas del Superyó y la proyección de las ansiedades primitivas:

Medea: He de afrontarlo. No vacilaré mi brazo. ¡Oh, oh! Perdónalo, miserable, deja vivir a mis hijos. No, por los dioses inferiores y vengadores de Hades, no podrá ser que los deje para ludibrio de mis enemigos. De todos modos deben morir. Ya que es preciso, yo que les di la vida, yo misma he de quitársela (p.34).

Pese a que hay una voz en Medea que la intenta disuadir (el esbozo de un Superyó más desarrollado), la escisión es tal, que gana la voz que apela a la venganza como único medio para aliviar el malestar.

Fallas en la transicionalidad

Como hemos visto, la falta de integración psíquica tiene como consecuencia un Yo frágil y un Superyó arcaico. Para complementar el estudio de esta estructura de personalidad particular, no pueden dejarse de lado las consideraciones respecto al desarrollo de las relaciones objetales en Medea. Partiendo desde nuestra hipótesis principal, consideramos que las significativas fallas en la transicionalidad constituyen un factor relacionado a esta configuración psíquica y al desenlace trágico de la historia. En el presente apartado, queremos reflexionar en torno a cuáles son las fallas en la transicionalidad que hacen que Medea resienta con tal magnitud la separación de Jasón y tenga que recurrir a la venganza filicida (*acting*) como medio para aliviar su malestar.

En útil recordar que, según las ideas de Winnicott (1953; 1957; 1971), el Yo se forma gracias al vínculo con el objeto¹⁴. Por eso, para entender cómo opera el psiquismo de Medea, es necesario conocer cuál es su modo de relacionarse con los objetos. Al igual que en apartados anteriores, es útil contrastar diferentes momentos de la tragedia para comprender el dinamismo de estas relaciones. En un primer punto, antes de la traición de Jasón, podemos ver en Medea el operar de un Falso *Self*. Luego, una vez empieza a fraguarse la venganza, podemos ver que ella no logra concebir a los objetos con los que se vincula de modo independiente. Finalmente, Medea culmina su vendetta en un estado más precario de funcionamiento en el que se ha deteriorado radicalmente su propia capacidad para construir vínculos.

¹⁴ La expresión famosa “*There’s no such thing as a baby*” refleja precisamente este punto: el bebé, dada su dependencia absoluta, solo existe inicialmente dentro de la diada con la madre.

Antes de su llegada a Corinto, es difícil ver en Medea algo que le sea propio o genuino. Siempre subordinada a satisfacer los deseos de Jasón, la princesa buscaba mantenerse unida a él para mantener su frágil subjetividad. Esta aparente adaptabilidad a las demandas del exterior, corresponde con el funcionamiento del Falso *Self*. Winnicott (1960) veía que el sujeto, cuando presentaba fallas en la transicionalidad, construía a modo de armazón un Falso *Self*, que le permitiera conectarse con la realidad externa, pero, sacrificando la capacidad de goce y el reconocimiento de lo auténtico en su realidad interna. Esta incapacidad de goce afecta incluso el modo en que Medea vive la maternidad, cuando ella exclama “¡Qué horror! Preferiría llevar tres veces el escudo a dar a luz una sola vez” (p.10); en esta expresión se evidencia que nunca sintió placer en ser madre. Gracias a que sus hijos nunca representaron un objeto bueno, ni un objeto plenamente diferenciado, es que Medea no resiente sacrificarlos más adelante con tal de consumir su venganza.

Esta aparente funcionalidad del Falso *Self*, se rompe rotundamente cuando Jasón traiciona a quien dio todo por él. Entonces, Medea se ve forzada a salir de este espejismo de simbiosis, para enfrentarse a la realidad exterior de la única manera que le es posible. Pero como la princesa no llegó a un punto óptimo (el uso del objeto) en el desarrollo de sus relaciones objetales, no podrá tramitar simbólicamente el abandono del argonauta ni futuras frustraciones. Medea a duras penas reconoce al objeto como algo diferente de sí, pero es incapaz de concebirlo como algo externo con cualidades propias. Sus vínculos están mediados por proyecciones (de la ansiedad y la culpa) ya que no se concibe al objeto con capacidad de autonomía. Esto se da por diversos tropiezos en el proceso de maduración psíquica (Winnicott, 1971), especialmente en el tránsito de la dependencia absoluta a la independencia. Sin embargo, estas fallas no eran tan evidentes antes de verse abandonada, pues Medea había construido un Falso *Self* como fortaleza.

Medea solo puede ver en el exterior a ese objeto malo que constantemente la frustra (Klein, 1928; Winnicott, 1957). Ella siente una urgente necesidad de destruir lo exterior amenazante, sin darse cuenta de que, al destruir al objeto malo, también destroza al objeto bueno y se mutila psíquicamente a sí misma. Pero al carecer de símbolos o mecanismos psíquicos más elaborados que puedan limitar esta agresividad a la fantasía, o desviar este monto de energía a un fin más adaptativo (Freud, 1915a), Medea pasa al *acting* para poder destruir aquello que la agobia y afirmarse a sí misma. En medio de este *acting*, Medea usa a los objetos como instrumentos para satisfacer sus deseos, en parte porque es desbordada por la agresión y en parte porque cree que los objetos son extensiones de sí misma. En la búsqueda de constatar su existencia más allá de su relación indiferenciada con Jasón, la agresión de la princesa se dirige contra aquello que los une íntimamente: sus hijos.

Lo anterior está crudamente retratado en el pasaje en el que Medea admite que sus hijos son solamente un medio para sus fines:

Medea: No es que yo desee que [mis hijos] se queden en tierra hostil, sujetos al escarnio de mis enemigos, sino para matar con astucia a la hija del rey. *El Corifeo*: Pero, mujer, ¿te atreverás a matar a tus hijos? *Medea*: Sí. De ese modo atormentaré más a mi esposo (p.p.26-27).

Medea no tiene otra alternativa que el filicidio, ya que nunca adquirió la capacidad de aplazar deseos, construir símbolos ni tolerar la frustración. Además, el ambiente en el que se desenvuelve la tragedia, es sumamente adverso para la princesa. A continuación, ofreceremos algunas ideas de por qué Medea no logró dotar de independencia al objeto y alcanzar eso que Winnicott (1960) llamó el *Self* verdadero.

La principal causa del *acting* psicopático, dice Winnicott (1957; 1971), es la desilusión abrupta. Podríamos suponer, hipotéticamente, que Medea no pudo separarse gradualmente de su madre¹⁵, por lo que los futuros vínculos tenderán a la indiferenciación y ella no tolerará la separación. Estas dificultades constituyen las principales carencias en el desarrollo de las relaciones objetales en Medea. El segundo matrimonio de Jasón resuena con la separación abrupta de Medea con su cuidador primario. Curiosamente, Medea se aferró tanto a Jasón, evitando perder su amor para no repetir sus traumas más tempranos, que cuando se produce la traición, ella vuelve a sufrir como adulta, aquello que la perturbo profundamente de niña.

También es lícito suponer, siguiendo las ideas de Winnicott (1971), que Medea no gozó de suficientes espacios de ilusión ni de un ambiente que validara sus rasgos más auténticos. Es por eso que ella no tuvo una ampliación de intereses culturales, ni consolidó herramientas psíquicas o simbólicas para elaborar los duelos y abandonos (Freud, 1915b). En otras palabras, Medea no consolida fenómenos transicionales a los que pueda acudir para tramitar el gran malestar que le supone la ruptura con Jasón. Medea no sólo se siente una con Jasón, sino que considera a sus hijos como extensiones de este vínculo indiferenciado. Cuando Medea dice “Ya que es preciso, yo que les di la vida, yo misma he de quitársela”, podemos ver la profunda perturbación de estar amalgamado con el objeto. Al no tener recursos psíquicos para elaborar la pérdida, esta tendrá que tramitarse de un modo concreto y abyecto: el asesinato de los hijos.

Desde este modelo, la interacción con el ambiente, puede favorecer o no procesos sanos o patológicos según la dinámica intrapsíquica del sujeto. Si bien desde el psicoanálisis las

¹⁵ Ya sea porque la madre real es un personaje ausente tanto en el mito como en la tragedia de Eurípides o porque no puede volver a su patria (madre tierra) después de haber destruido sus vínculos primarios tan tajantemente. Varios autores (Cassanova, 2006; Hidalgo, 2002a; Lansky, 2004; Tyminski, 2001) resaltan la importancia del exilio en la tragedia, que representa la falta de arraigamiento de la princesa bárbara. También se puede inferir que Medea no tuvo un cuidador que desempeñara esa función de “madre suficientemente buena”, por lo cual ella misma fracasa en su función materna.

contingencias nunca son la causa del curso de la acción, en la perspectiva objetalista sí predisponen al sujeto en virtud de qué tan contenedor o restrictivo es el ambiente en el que se constituye el sujeto. Winnicott (1957; 1971) ya había llamado la atención sobre la necesidad de que el vínculo primario sobreviva las agresiones del sujeto y no tome represalias contra este para favorecer su óptimo desarrollo psíquico. A lo largo de la historia de Medea, podemos suponer que también hay fallas tempranas en este aspecto, ya que la princesa nunca interiorizó la capacidad de regular sus emociones, la agresión se torna tan desbordante, que sólo puede ser manejada con proyecciones masivas y con el paso al *acting*. Ni en su hogar paterno, ni en Yolcos o en Corinto, Medea pudo sentirse contenida por el ambiente. Por el contrario, siempre se ha visto perseguida por aquellos a quienes ha agredido o engañado. En la tragedia, el exilio que le impone Creonte es una muestra más de cómo el ambiente va cercando las posibilidades para elaborar su malestar:

Creonte: ¡Tú, Medea, mujer de torva mirada: te ordeno que abandones este país! [...] Sé, pues me lo han dicho, que me amenazas con vengarte de mí, por haber casado a mi hija, y del esposo y la esposa. Tengo que tomar medidas antes de que esto ocurra. (p.10)

Es importante insistir que, la Medea del inicio de la obra no tiene un plan estructurado de venganza, pues parece encontrar alivio a su malestar solo lanzando injurias y lamentos. Pero Creonte viene a castigar estas declaraciones, por lo que Medea ya no puede acudir a la palabra para elaborar la traición. Ahora no le queda más alternativa que deliberar la forma más abyecta para consumir su venganza (*acting*).

A medida que Medea usa a sus objetos como instrumentos y se vincula desde el odio – y no desde el amor – se irán deteriorando gravemente, y a la par, sus relaciones objetales y su

mundo interno. La forma en que se consuma la venganza no sólo hace que Medea pierda a Jasón y sus hijos, sino la misma capacidad de formar nuevos vínculos. Así, Medea rompe todo vínculo con el mundo externo y se cierra las puertas a la verdadera gratificación que reside en las relaciones objetales profundas.

Conclusiones

Ya hemos visto por qué la venganza es el único modo de supervivencia psíquica: en Medea hay un Yo frágil, un Superyó arcaico y significativas fallas en la transicionalidad que le impiden encontrar una mejor alternativa a su predicamento. A continuación, retomaremos de manera sintética los elementos constitutivos de esta estructura de personalidad particular.

El Yo de Medea es frágil por no poder encontrar estabilidad en sí mismo y depender exclusivamente de la relación amorosa con Jasón para ello. Como Medea no soporta ningún ultraje ni humillación, la traición de Jasón es vivida como una gran amenaza a la desestructuración psíquica (Lansky, 2004). A falta de un mecanismo más elaborado, la princesa debe apelar a la regresión narcisista para mantener su Yo cohesionado, preservar la prueba de realidad y fraguar una venganza que alivie su malestar y le permita afirmarse a sí misma.

El Superyó arcaico también desempeña un papel fundamental en su estructura psíquica y el desenlace trágico de los eventos; dado que esta instancia psíquica no se desarrolló al punto de permitir que Medea interiorizara la conciencia moral, la culpa es proyectada en el exterior. La princesa no goza de una integración objetal, por lo que siempre buscará destruir al objeto malo en el mundo externo. Esto además se relaciona con la difusión de la identidad (Kernberg, 2004), en la que se confunden las fronteras entre los objetos y el sujeto mismo.

Finalmente, las fallas en la transicionalidad terminan de configurar el psiquismo de Medea de tal modo que el filicidio es la única salida posible a la pérdida. Vimos que al inicio de la obra, el Falso *Self* que había construido Medea fracasa en su labor de compensar los vacíos de su psiquismo. Como la princesa nunca pudo dotar al objeto de independencia ni construirse a sí misma desde la autonomía, tuvo que recurrir a la manipulación, el engaño y el filicidio para consumir su venganza. Este *acting* no sólo alivia su tensión, sino que termina por deteriorar la capacidad de Medea para construir nuevos vínculos futuros y amar verdaderamente.

Su abyecta venganza cobra sentido si se comprende que todo lo anterior le permitió a Medea escapar de la muerte psíquica que la acechaba tras la traición de Jasón. Pero el costo ha sido muy alto, aunque salga impune de sus crímenes, sobre ella cae todo el peso de la tragedia. La muerte de sus hijos implica el asesinato de una parte de sí misma, la destrucción del objeto bueno y la imposibilidad de un desarrollo psíquico que le permita afrontar de mejor manera las vicisitudes del destino.

Lo aterrador de la obra resuena con dimensiones psíquicas latentes en cada uno de nosotros (Freud, 1906). Sin duda Medea es un héroe trágico, pero erraríamos al pensar que es único y que detrás de este personaje no se esconden núcleos problemáticos comunes a toda la humanidad. La venganza, el rencor, la pérdida de confianza en el mundo exterior o la frustración son sensaciones íntimamente humanas. Lo aterrador del estudio de Medea no solo es reconocer la semejanza que puede haber entre su núcleo conflictivo y algunos elementos de nuestro psiquismo, sino darse cuenta, más bien, de que no hay una gran distancia entre ella y cada uno de nosotros.

Nadie está exento de encontrarse frente a una situación apremiante sin suficientes recursos psíquicos o simbólicos para hacerle frente. Nadie tiene la certeza de no sufrir de una desilusión abrupta y precoz. Nadie tiene la certidumbre de gozar de unos vínculos lo suficientemente sólidos que sobrevivan las inevitables agresiones y complicaciones que vivir supone. Nadie tiene la garantía de tener suficiente Eros para mantener el Tánatos a raya. A fin de cuentas, nadie está del todo exento de terminar como Medea.

Referencias

- Alfonzo, I. (1994). Técnicas de investigación bibliográfica. Caracas: Contexto Ediciones.
- Aragno, A. (2013). The Devil Within: A Psychoanalytic Perspective on Evil. *Issues In Psychoanalytic Psychology*, 35(1), 101-123.
- Babatzanis, J., y Babatzanis, G. (1992). Fate and the Personal Myth in Medea's Plight: Filicide. En: Hartcollis, P. y Davidson, G.I. (Ed.), *The Personal Myth in the Psychoanalytic Theory* (pp. 235–255). Madison, United States: International University Press.
- Barcellos Alves, M., y Poli, M. (2016). When a Woman is Mother: Feminine *jouissance* in Motherhood. *Ágora: Estudos em Teoria Psicanalítica*, 19(2), 191-207.
- Bieda, E. E. (2006). Medea, madre enfurecida. Sobre los alcances del *thymós* en la Medea de Eurípides. En: Juliá, V. E. (Ed.), *La tragedia griega* (pp. 85-98). Buenos Aires, Argentina: La Isla de la Luna.
- Briceño, M. S. (1966). *El genio literario griego. Cultura clásica, ambientación y análisis*. Bogotá, Colombia: Bibliografía colombiana.
- Brown, L. J. (2006). Trauma, Envy and Revenge. *International Journal of Psychoanalysis*, 87, 567-569.
- Cassanova, C. (2006). Medea o la radicalidad del deseo. *Desde el jardín de Freud: revista de psicoanálisis*, (6), 200-204.
- Charles, M. (2001). Stealing Beauty: An Exploration of Maternal Narcissism. *Psychoanalytic Review*, 88(4), 549-70.
- De la Cruz, A. (2008). Divorcio destructivo: cuando uno de los padres aleja activamente al otro de la vida de sus hijos. *Diversitas: Perspectivas en Psicología*, 4(1), 149-157.

De la Espriella, R. (2006). Historias de mujeres filicidas inimputables por enfermedad mental.

Revista Colombiana de Psiquiatría, 35(3), 281-326.

Dolto, F. (2003). *Quando os pais se separam*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.

Freud, S. (1905). Caso Dora. En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1906). Personajes psicopáticos en el teatro. En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1910). Sobre un tipo especial de la elección de objeto. Cap. I de "Aportaciones a la Psicología de la vida erótica" (1912) En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1915a). Los instintos y sus destinos. En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1915b). Duelo y melancolía. En: Obras Completas Tomo II. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1916). Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica: III Los delincuentes por sentimiento y culpabilidad. En: Obras completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1917). Una dificultad en el psicoanálisis. En: Obras completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1920). Más allá del principio de placer. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1924a). El problema económico del masoquismo. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1924b). Neurosis y psicosis. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1930). El Malestar en la cultura. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1933). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XXXI: Disección de la personalidad psíquica. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1938). Compendio del psicoanálisis. En: Obras Completas Tomo III. Biblioteca Nueva.
- Friedman, A. (1960). Group Psychotherapy in the Treatment of the Medea Complex. *Acta Psychotherapeutica et Psychosomatica*, 8(6), 457–461.
- Friedman, S., Cavney, J., y Resnick, P. J. (2012). Mothers Who Kill: Evolutionary Underpinnings and Infanticide Law. *Behavioral Sciences & The Law*, 30(5), 585-597.
- Gadelha, Y. (2016). Os filhos de Medeia e a Síndrome da Alienação Parental. *Psicologia USP*, 27(3) 482-491.
- Gardner, R. A. (1980). *Casais separados: a relação entre pais e filhos*. São Paulo, Brasil: Martins Fontes.
- Gardner, R. (1985). Recent Trends in Divorce and Custody Litigation. *Academy Forum*, 29 (2), 3-7.
- Guerra, N. B. (2012). Vengeance with a Vengeance: Is it Worth to Study it? *Anuario De Psicología Jurídica*, 22, 95-110.
- Guthrie, W. K. (1969). *A History of Greek Philosophy. Vol. 3: The Fifth Century Enlightenment*. Cambridge, U.K.: Cambridge University Press.
- Hidalgo, R. (2002). Abandonar las bipolaridades y el logocentrismo. *Actualidades en Psicología*, 18(105), 105-108.
- Hidalgo, R. (2002). Sexualidad, agresión y autonomía en la mujer. Contribuciones psicoanalíticas actuales. *Actualidades en Psicología*, 18(105), 80-93.

- Hidalgo, R. (2003) La Medea de Eurípides. Hacia un Psicoanálisis de la agresión femenina y la autonomía. *Subjetividad y Cultura*, (19), 1-18. Recuperado de <http://subjetividadycultura.org.mx/la-medea-de-euripides-hacia-un-psicoanalisis-de-la-agresion-femenina-y-la-autonomia>
- Jacobs, J. (1988). Euripides' Medea: a Psychodynamic Model of Severe Divorce Pathology. *American Journal of Psychotherapy*, 42(2), 308-319.
- Jones, E. (1953). *The Life And Work Of Sigmund Freud The Formative Years And The Great Discoveries 1856-1900 Volume I*. New York, United States: Basic Books.
- Jung, C. (1954). *Mysterium Coniunctionis*. En: Complete Works Volume 14. New Jersey, United States: Princeton University Press.
- Kernberg, O. (1984). *Severe Personality Disorders: Psycho-therapeutic Strategies*. New Haven, United States: Yale University Press.
- Kernberg, O. (2004). *Agresividad, narcisismo y autodestrucción en la relación psicoterapéutica*. Ciudad de México, México: Manual moderno.
- Klein, M. (1928). *Early Stages of the Oedipus Conflict*. London, U.K.: Hogarth Press.
- Klein, M. (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides (p. 10-34). En: Klein, M. (1987) Obras completas. Tomo III: *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Kuiper, P. (1968). Comment on the Paper by Drs. Orgel and Shengold. *International Journal of Psychoanalysis*, 49, 383–385.
- Lacan, J. (1960). *O Seminário – Livro 7. A Ética da Psicanálise*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.

- Lansky, M. (2004). The Impossibility of Forgiveness: Shame Fantasies as Instigators of Vengefulness in Euripides' Medea. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(2), 437 - 464.
- Leuzinger-Bohleber, M., y Von Hoff, D. (1997). Versuch einer Begegnung. Psychoanalytische und textanalytische Verständigungen zu Elfriede Jelineks, Lust. *Psyche*, 51(8), 763–800.
- Leuzinger-Bohleber, M. y Pfenning, N. (2010). The Medea Fantasy: An Inevitable Burden during Prenatal Diagnostics? *The International Journal of Psychoanalysis*, 91, 1227–1230.
- McCloskey, L. A. (2001). The "Medea Complex" among Men: The Instrumental Abuse of Children to Injure Wives. *Violence and Victims*, 16(1), 19-37.
- Miller, J. (2010). Mulheres e Semblantes II. *Revista Opção Lacaniana*, 1(1), 1-25.
- Müller, H. (1992). *Medeamaterial*. [Opera]. Bruselas, Bélgica: Éditions Salabert.
- Murray, G. (1913). Euripides and his Age. London, U.K.: The London and Norwich Press Limited.
- Orgel, S., y Shengold, L. (1968). The Fatal Gifts of Medea. *International Journal of Psychoanalysis*, 49, 379–383.
- Roudinesco, E. (2015). *Sigmund Freud: En su tiempo y el nuestro*. Madrid, España: Debate.
- Stern, E. (1948), The Medea Complex: the Mother's Homicidal Wishes to her Child. *Journal of mental Science*, 94, 321–331.
- Tyminski, R. (2011). Medea, Jason, and their Illusions of the Golden Fleece: A Jungian Contribution to Transference Dreaming. *International Journal of Jungian Studies*, 3(1), 21-35.

- Tyminski, R. (2014). The Medea Complex - Myth and Modern Manifestation. *Jung Journal*, 8(1), 28-40.
- Vilalta, J. (2011). Descripción del síndrome de alienación parental en una muestra forense. *Psicothema*, 23(4) 636-641.
- Wallerstein, J., y Kelly, J. (1980). *Surviving the Break Up: How Children and Parents Cope with Divorce*. New York, United States: Basic Books.
- Warsitz, P. (1994). Medeas Schwermut. Zur Psychodynamik der Melancholie. En: Schuller, M. y Dahlke, K. (Ed.), *Melancholie und Trauer* (pp. 61-80). Leipzig, Alemania: Kassel.
- Winnicott, D. (1953). Transitional Objects and Transitional Phenomena. *International journal of psychoanalysis*, 34, 89-97.
- Winnicott, D. (1957) *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.
- Winnicott, D. (1960). The Theory of the Parent-Infant Relationship. *The International journal of psycho-analysis*, 41, 585.
- Winnicott, D. (1965). Ego Distortion in Terms of True and False Self. En: Winnicott, D. (Ed.), *The Maturation Process and the Facilitating Environment: Studies in the Theory of Emotional Development* (pp. 140-152). New York, United States: International Universities Press.
- Winnicott, D. (1971) *Realidad y Juego*. Barcelona, España: Gedisa.
- Wittels, F. (1944). Psychoanalysis and Literature. En: Lorand, S. (Ed.), *Psychoanalysis Today* (pp. 371-380) New York, United States: International Universities Press.

Anexo 1 – Sinopsis de la tragedia *Medea* de Eurípides

No tenemos la intención de reemplazar el goce estético de leer directamente la obra de Eurípides. Para fines prácticos, nos atrevemos a lanzar una breve versión de la historia de Medea, a riesgo de que esta pierda su encanto original.

La historia de Medea se remonta a la de Jasón y los argonautas. Jasón, heredero legítimo del trono de Yolcos, es enviado por su tío Pelias a recuperar el vellocino de oro. Si Jasón regresaba con tal tesoro, su tío le cedería el puesto de rey. Así, Jasón embarca la nave del Argos y zarpa hacia la lejana tierra de Cólquide, hogar del vellocino. Una vez allí, Jasón y los argonautas son recibidos por Eetes, rey de Cólquide. Jasón le revela su intención de recuperar el vellocino, propiedad del rey anfitrión. Este decide ponerle una serie de pruebas al día siguiente como condición para que se lleve el tesoro. Sin embargo, estas pruebas tienen un engaño: ningún mortal puede realizarlas sin ayuda divina.

Pero durante la cena, la hija de Eetes, Medea, se enamora del capitán de los argonautas. Bajo el manto de la noche, se reúne con Jasón en secreto y le revela la treta de su padre. Medea, descendiente del dios Helios y hechicera de Hécate, se ofrece a ayudarlo, para sobrevivir las pruebas y llevarse el vellocino. Así, con pócimas y conocimientos mágicos, Jasón logra superar las pruebas para sorpresa y disgusto del rey Eetes, quien no tarda en descubrir que su hija Medea fue quien hizo esto posible. El rey se niega a entregar el vellocino, ya que las pruebas fueron superadas gracias a la traición de Medea y no por la virtud de Jasón.

De todos modos, Jasón decide tomar el vellocino e irse con Medea de regreso a Yolcos. El viaje de regreso es tortuoso, ya que Eetes los persigue, queriendo recuperar tanto el tesoro como su hija. Para ganar tiempo y librarse de su padre, Medea maquina otro golpe: el asesinato

de su hermano. *En este punto hay infinitas variaciones del cómo, dónde y cuándo sucede; mas hay consenso en que Medea asesina a su hermano Apsirto para poder huir con Jasón.* A la postre, llegan a Yolcos con el tesoro anhelado. Pero, ni siquiera con la encomienda realizada, Pelias está dispuesto a ceder el trono a su sobrino. Una vez más, Medea auxilia al héroe con una macabra artimaña: engaña a las hijas de Pelias, dándoles ciertos “perfumes” para rejuvenecer a su padre. Al suministrárselos confiadas, ellas asesinan a su propio padre y expulsan a la pareja de Yolcos, al descubrir que Medea les había dado filtros venenosos.

Pasan varios años entre suceso y suceso, por lo cual, cuando al fin consiguen refugio en Corinto, la pareja ya tiene dos hijos pequeños. Jasón resiente no tener trono, fama ni fortuna, así que decide casarse con la princesa de Corinto para ascender socialmente. Ante esta traición, Medea cae en desolación, tristeza y desespero. En este punto comienza el drama de Eurípides, retratando a la princesa de Cólquide consumida en el dolor, la ira y le desesperanza, con un intenso odio hacia sus propios hijos por ser del linaje de Jasón, hacia el argonauta por su humillación y traición y hacia Creonte, rey de Corinto quien sugirió las nuevas nupcias entre su hija Creuse y Jasón.

Medea incluso ve la muerte como salida a su suplicio, pero entre lamento y lamento lanza maldiciones e insultos contra sus enemigos. Creonte no tolera esto, y temeroso de que Medea busque vengarse, la exilia de Corinto. Ella consigue un día de tregua, con el pretexto de ordenar sus cosas y ver por la suerte de sus hijos, exiliados también. Es entonces cuando Medea queda firmemente convencida que la única salida a su predicamento es la vendetta. Si bien en un primer momento había pensado en matar al rey y a los nuevos esposos, descubre que tiene que ser aún más radical en su venganza contra Jasón: al ver como único modo para acercarse a Creuse el usar a sus hijos como anzuelo, Medea asume que habrá de sacrificarlos para cumplir sus propósitos;

además, asesinando a sus hijos, lastimará a Jasón de manera mucho más radical que asesinándolo.

Es entonces cuando entra en escena el viejo Egeo, rey de Atenas que está de paso por Corinto. Tras escuchar las desgracias de Medea, decide darle asilo y protección. Egeo concuerda en que Jasón no valoró todo lo que le proporcionó la princesa hechicera, pero le advierte que solo podrá ayudarla si ella llega a Atenas por sus propios medios; pues él no puede ser ingrato ante la hospitalidad que ha recibido en Corinto. Medea entonces consigue el refugio necesario; sin embargo, esta alternativa, en lugar de calmar sus ánimos, solo reafirma su voluntad asesina.

El ardid es complejo: Medea habrá de fingir arrepentirse y mandar a sus hijos con regalos para la princesa en signo de buena fe, pero estos presentes estarán impregnados de filtros mortales capaces de liquidar a quienes los toquen. Así, la muerte de sus hijos es inevitable. Medea endulza sus palabras y convence a Jasón para dejar que sus hijos lleven la corona y el vestido emponzoñado. El plan sigue el curso esperado: Creuse recibe gustosa los regalos y perdona a los niños del exilio. Pero no tarda la desgracia en aparecer, ya que la princesa empieza a arder viva por ponerse los obsequios tóxicos. El rey Creonte, impulsado por un amor paternal, busca auxiliar a su hija, pero, al intentarlo, también se quema y perece.

Jasón llega a casa de Medea angustiado, con la intención de proteger a sus hijos de la madre enfurecida y de vengar las vilezas cometidas. Pero es muy tarde, Medea ha asesinado también a sus hijos y ahora se erige imponente con el carro alado de Helios. Jasón, disminuido y agobiado por el dolor, no logra hacerle frente al ver cómo cuelgan del carro los cadáveres de sus hijos. Medea se niega a que su infiel esposo les dé sepultura y, tras enunciar que toda la desgracia fue causada por el argonauta y sus nuevas nupcias, sale volando. Así acaba la tragedia.

Medea parece salir impune del filicidio y lograr satisfacer sus deseos de venganza ante su dignidad mancillada.